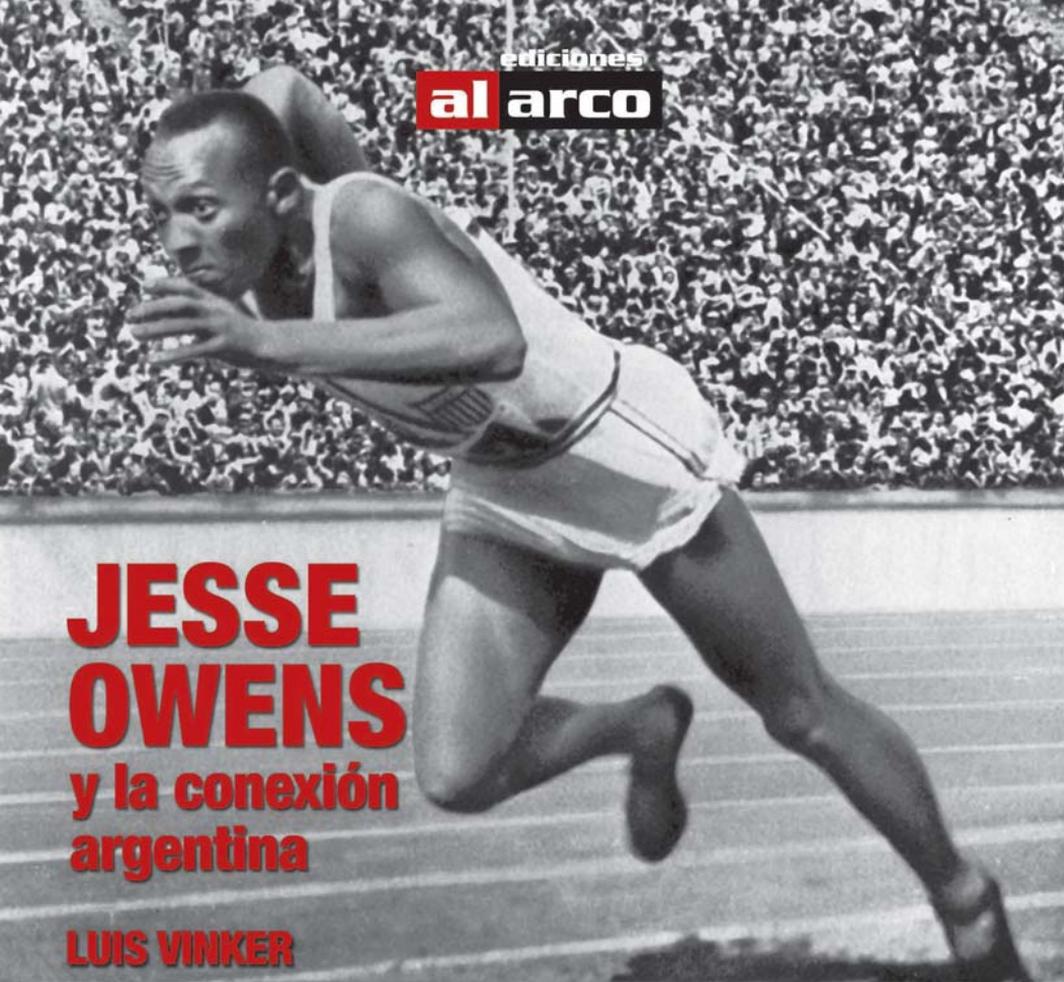


ediciones
al arco



**JESSE
OWENS**
y la conexión
argentina

LUIS VINKER



Prólogo: Ezequiel Fernández Moores
Contratapa: Jorge Búsico

**Jesse Owens y
la conexión argentina**

LUIS VINKER

ediciones
al arco

Vinker, Luis,

Jesse Owens y la conexión argentina / Vinker, Luis. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alarco Ediciones, 2017.

128 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1367-67-2

1. Deporte. 2. Atletismo. I. Título.

CDD 796.42092

Tapa

1. Jesse Owens, el héroe de los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936. (Foto: Jesse Owens Foundation)

2. Los velocistas argentinos que compitieron en los Juegos:

Clifford Beswick, Carlos Hofmeister, Antonio Sande, Juan Lavenás y Antonio Fondevila

Diseño de tapa e interior: Ana Paoletti
anapaoletti@gmail.com

PRÓLOGO

Por Ezequiel Fernández Moores

Viajamos por el túnel del tiempo. Es un túnel especial dedicado a la historia del deporte. Entramos al capítulo Juegos Olímpicos. "¿En cuál quiere bajar?", pregunta la voz de mando. Los de la Antigua Grecia son una tentación. Allí está Milon de Crotona y su fuerza descomunal. ¿O elegimos los inaugurales para conocer al barón de Coubertin y al legendario maratonista Louis Spiros? Las imágenes se suceden. Corren Paavo Nurmi y Emil Zatopek. Más acá aparece Carl Lewis y su rival dopado de Seúl 88, Ben Johnson. Usaín Bolt es un fenómeno claro, pero demasiado cercano. Como Michael Phelps. El túnel del tiempo nos permite parar en la estación del Tarzán Johnny Weismuler. O en la de Mark Spitz. O en el diez perfecto de Nadia Comaneci en Montreal 76. O en el podio mágico de México 68, el de los atletas que levantaron su puño negro. ¿Y aquellas maratones de Juan Carlos Zabala y Delfo Cabrera? Cada parada tiene su historia aparte. Pero no hay nada como Berlín 36.

Luis Vinker, cuyo trabajo vinculado especialmente con el atletismo comencé a admirar ya en los años '80, apenas tuve la fortuna de leer sus primeros

textos, nos obliga a detenernos justamente en aquellos Juegos en plena Alemania nazi. La eterna combinación deporte-nacionalismo suele ser un formidable escenario para analizar hasta dónde pueden llegar los usos y abusos del deporte. Berlín 36 es acaso la máxima demostración (la Copa de la FIFA de Argentina 78, el Mundial de Videla, podría ser la otra). Pero Vinker, avísamos, es un periodista que ama el deporte. Que ama el atletismo. Y sabe que, por más uso y abuso que se haga, el deporte jamás debe quedar en manos exclusivas de los dictadores. Y tampoco de cualquier otro de los tantos tiburones que suelen subirse al podio olímpico. Jesse Owens, sobre él gira buena parte de este libro, pertenece a la historia mundial del deporte. No le pertenece a Hitler, claro. Pero tampoco a Roosevelt, el presidente que lo hizo entrar por la puerta de servicio y ni siquiera le dio la mano cuando Owens volvió victorioso y recordó que Estados Unidos, como nos avisa Vinker, seguía maltratándolo porque era negro.

Por eso, porque ama el atletismo, es formidable el relato puramente deportivo de Vinker sobre cómo fue construyendo Owens su hazaña. Quiénes eran sus rivales, especialmente dentro de Estados Unidos, esos "auxiliares negros", como los describían despectivamente algunas crónicas. Nos enteramos sobre cómo era el atletismo en los años '30. Son breves pero inolvidables las estampas que leemos de atletas mucho menos conocidos pero que también eran reyes de la velocidad en aquellos tiempos, como el caso de Eddie Tolan, bajito y miope, o el más conocido Ralfh Metcalfe, luego líder político negro. Sus figuras contrastan con las de Avery Brundage, el dirigente norteamericano que hizo todo para que Estados Unidos no boicó-

teara los Juegos de Hitler. Tan bien lo hizo que años después se convirtió en presidente del Comité Olímpico Internacional (COI). Estados Unidos suele exhibir a Owens, el negro que venció a los atletas arios de Hitler, como demostración de que valió la pena ir a los Juegos del nazismo. Omite la historia de Brundage, el constructor millonario que primero protegió a Hitler. Y que también se hizo célebre luego por su apuro para limpiar la sangre y reanudar cuanto antes los Juegos de Munich 72, tras la matanza de atletas israelíes en la Villa Olímpica.

Pero Vinker, que debe conocer como pocos la historia del atletismo argentino, nos deleita aún más cuando profundiza la historia de nuestros representantes nacionales en Berlín 36. Eran tiempos en los que podía ser normal ver a un velocista o maratonista argentino ganar competencias internacionales. Tiempos en los que hasta la hoy denostada Asociación de Fútbol Argentino (AFA), nos recuerda Vinker, donaba parte de sus recaudaciones para ayudar a que los atletas pudieran viajar. Es notable, especialmente, la reconstrucción de los héroes del relevo de 4x100 que pelearon hasta el último metro por una medalla olímpica. "La conexión argentina" a que nos remite el título encuentra en ese tramo su mejor parte. Visto a ojos de hoy, suena casi impensable. Como si el relevo de Río 2014 hubiese corrido casi a la par de Usáin Bolt y los suyos.

Desfilan también los nazis de Buenos Aires, la Década Infame, la Gran Depresión, Hemingway, el mítico beisbolista Jackie Robinson, El Gráfico, los enviados de La Nación, la selección peruana de fútbol que fue robada para quedar afuera de los Juegos, la cineasta Leni Riefenstahl y su Olympia, documentales, cró-

nicas que, paradójicamente, no dieron dimensión a la hazaña de Owens en su momento y sí mucho tiempo después y desfila hasta John Wayne, el cowboy que mataba indios y que miraba por TV Owens hasta poco antes de morir. Desfilan también algunos mitos que Vinker desmitifica. De todo eso se alimenta el deporte. Mitos, leyendas y periodismo del bueno. Como el de Jesse Owens y la conexión argentina.

ALLI COMENZO TODO

Ann Arbor, Michigan, Otoño del 2005. Mi beca del programa periodístico de la Universidad de Michigan se acercaba al final. Los vientos y las primeras nevadas anticipaban los meses más duros, típicos del Medio Oeste. John Bacon, uno de mis compañeros, también era (y es) uno de los periodistas oriundos y residentes en Ann Arbor, y un fenomenal recopilador de la historia deportiva de la Universidad. “*No te irás de aquí sin pasar antes por uno de los lugares tan caros a la historia del atletismo*”, me prometió. Y aquella mañana caminamos por una de las avenidas diagonales hasta llegar a la South State Street, al ingreso al Ferry Field, el estadio atlético de la Universidad. A pocos pasos, en una de las cabeceras de la pista, estaba la placa. De bronce, austera, con una imagen de Jesse Owens y el recuerdo del “Día de los Días”.

Habían pasado poco más de 70 años, ya que el sábado 25 de mayo de 1935 se recuerda como una de las más fantásticas gestas atléticas, aquella en la que James Cleveland Owens estableció seis récords mundiales (cinco mejorados, otro igualado) en aproximadamente una hora. Como aquellas cuestiones en las que

el tiempo dispersa la precisión, o da lugar a varias versiones sobre un mismo hecho, para algunos, Owens invirtió 75 minutos entre su llegada a la pista y su último impacto. La planilla oficial que conserva la IAAF indica 45 minutos, aunque parece ajustarse sólo al programa del campeonato (y en Michigan son estrictos para cumplir los horarios). Según Roberto Quercetani, los horarios fueron otros: 14.45 para las 100 yardas, 15.18 para su salto en largo, 15.30 para las 220 yardas llanas y 16.00 para las 220 con vallas. En cualquier caso, la hazaña fue la misma.

Por aquella época, Ferry Field disponía de una pista de ceniza, cuidada, pero muy dura. Los materiales sintéticos, óptimos para el rendimiento y la técnica de los deportistas, llegarían mucho después al atletismo. Owens y sus rivales no contaban con tacos para ajustar sus salidas en las pruebas de velocidad: cavaban sus agujeros y desde allí, tomaban impulso. Unos cinco mil espectadores concurrieron esa tarde para las finales atléticas de la 35^a. Conferencia del Oeste, las populares Big Ten, que agrupan a los principales equipos universitarios de la zona.

Owens, a sus 22 años, ya era figura excluyente del atletismo, pero llegaba “tocado” a la competición, con dolores en la espalda. Las versiones también difieren sobre el origen de esos dolores. Quercetani, uno de los más notables historiadores del atletismo, cita una lesión que Owens habría sufrido cinco días antes, en un juego de fútbol americano con sus compañeros. En otras entrevistas, Owens se refirió a una caída en una escalera, también cinco días antes en Columbus, Ohio.

“Nada me hacía sospechar lo que iba a suceder ese día. Por el contrario, pensé que no podría compe-

tir. La semana anterior me caí por una escalera y me dolía toda la espalda. Después de tomar un baño y antes de empezar a calentar, mis compañeros me ayudaron a vestir. Usted no me creerá, pero apenas pude ponerme en posición, cuando el largador gritó ‘a sus marcas’ en las 100 yardas. Luego, por milagro, al sonar el disparo me olvidé del dolor y me lancé sin pensar en nada más que correr lo más relajado posible”. Así le habló a otro excelente historiador, Robert Parienté. Cuando se cumplieron cuatro décadas, y en una entrevista con John Hendershot para la revista Track and Field News, Owens contó lo mismo. Recordó que su entrenador Larry Snyder lo llevó en su auto, desde la vecina Ypsilanti, hasta la pista de Ann Arbor: “Me preguntó si podía competir. Le dije: ‘voy a probar en las 100 yardas y luego vemos’. Una vez largada la carrera, el dolor se había ido, no sentí nada. No sé qué pasó”.

Todo esto sucedió el viernes 24, cuando Owens pasó la clasificación de cada prueba con marcas cómodas para él: 9 segundos y 7 décimas sobre 100 yardas, 7 metros y 65 centímetros para el salto en largo, 21 segundos y 4 décimas en las 220 yardas llanas y 24 segundos y 9 décimas en la misma distancia, pero con vallas, especialidad que rara vez abordaba y para la que no se preparó especialmente en la técnica del pase de obstáculos.

El “Día de los Días” tenía su primera final pactada para las 15.15. En esa época, el récord del mundo sobre las 100 yardas era de 9s.4, compartido por una decena de velocistas, Owens incluido. Aunque la regla IAAF que establece un límite a la velocidad del viento favorable de 2 metros por segundos recién se fijó un año después –y se mantiene hasta la actualidad– al

momento de las 100 yardas, el anemómetro indicaba 1,55 m/s. Todo legal. Los relojes de los tres cronometristas oficiales marcaron 9s.4, igualando una vez más el tope mundial. Robert Grieve, el segundo, llegó a cuatro décimas, quedando tercero el crédito de Michigan, Sam Stoller, un velocista que un año más tarde tendría protagonismo en los Juegos de Berlín, como ya veremos. Al mundo atlético le llevaría más de una década reducir otra décima, hasta 9s.3 en las 100 yardas, una distancia popular en los países anglosajones y que hoy prácticamente está extinguida en la programación. Se ocupó de hacerlo Mel Patton, el hijo del victorioso general de la Segunda Guerra Mundial.

Eufórico por aquella marca y sin huellas de la lesión, Owens se dirigió al saltómetro, donde la prueba de salto en largo comenzó a las 15.25. Competían veinte atletas y, considerando que le faltaban otras dos carreras, Owens decidió saltar en sólo uno de los seis intentos permitidos. Colocó un papelito debajo de una piedra, en la marca de los 7,98 metros, el récord mundial vigente desde 1931, del japonés Chuhei Nambu. Pero Ken Doherty, el director de la competición, evitó el efecto sorpresa: anunció por micrófono que Owens intentaba el récord mundial.

Nadie imaginó que llegaría tan lejos, ni tampoco la dimensión que tendría su marca de 8 metros y 13 centímetros (en el estadio se mantenían las medidas anglosajonas y el récord se difundió como “26 pies, 8 ¼ pulgadas”). Owens se convirtió así en el primer atleta en la historia en atravesar la barrera de los 8 metros y estableció un récord que recién pudo mejorarse más de un cuarto de siglo después, cuando su compatriota Ralph Boston lo llevó a 8,21 metros, el 12 de agos-

to de 1960 en Walnut. Por cierto, uno de sus rivales de generación, el alemán Manfred Steinbach, llegó a 8,14 pocos días antes (24 de julio de 1960) en el Estadio Olímpico de Berlín, escenario anterior de la hazaña suprema de Owens. Los oficiales del torneo le consignaron a Steinbach la ayuda de un viento de 3,2 metros por segundo, invalidando el récord. Pero las discusiones acerca de esa medición del viento quedaron para siempre y la única marca homologada por las tablas oficiales fue la de Ralph Boston.

Owens no tuvo tiempo para celebrar, ya que a las 15.45 competía en las 220 yardas en recta, otra prueba habitual del programa de su época y que ahora no figura. Con un viento leve, de 0,3 metros por segundo a favor, los tres jueces le cronometrarón 20 segundos y 3 décimas, bajando los 20s.6 que Roland Locke había fijado en 1926. El segundo, Andrew Doley, llegó distanciado (20s.7 indicó la planilla, 21s.2 fue el tiempo real) y el ya citado Grieve de las 100 yardas, aquí quedó tercero. El récord de Owens recién se mejoró en 1949 hasta 20s.2, nuevamente por Mel Patton. Las 220 yardas equivalen a 201,17 metros y la marca de Owens se anotó como nuevo récord mundial tanto para las 220 yardas como para los 200 metros llanos.

El cierre fue a las 16, cuando participó en esa misma distancia, pero con vallas. Con un tiempo de 22s6, mejoró el récord mundial de Paul Norman (23s0 en 1933), derrotando ampliamente a todos sus rivales (Phil Doherty en 23s2, Francis Crezmeyer en 23s4). También, como en el caso de la distancia plana, se consignaron sus récords mundiales para las 220 yardas con vallas y los 200 metros con vallas, que Fred Walcott se ocuparía de reducir en otra décima en 1940.

Apenas seis periodistas cubrían los Big Ten aquella tarde, todos de la región. Pero fue a través de la agencia Associated Press que la hazaña de Owens se difundió en pocos minutos. Rivalizó en los espacios deportivos con el ídolo del béisbol, Babe Ruth, quien jugando uno de sus partidos de despedida con los Boston Braves, en Pittsburgh, anotó el 714° y último home run de su campaña. El titular de *Los Angeles Times* al día siguiente fue: “Owens rompe tres récords mundiales”. En el *New York Times*, en cambio, los récords de Owens quedaron en un segundo plano, detrás de las noticias de golf y carreras de caballos.

Cuando se cumplieron los 75 años, *Sport Illustrated* realizó una producción especial y definió: “*El Día de los Días de Jesse Owens no tiene paralelo, no sólo en el atletismo sino en ningún deporte*”. Calcularon que Owens había batido un récord mundial cada once minutos. Y comentaron: “*Para encontrar una escala similar de hazañas en un mismo día hay que pensar realmente que Mozart necesitó seis semanas para componer sus últimas tres sinfonías en el verano de 1788. O Shakespeare, escribió Enrique V, Julio César y Como Gustéis en el mismo año. Owens, en definitiva, fue un artista del atletismo*”.

El “Día de los Días” de Jesse Owens anticipó sus conquistas olímpicas de un año después. Curiosamente, tanto esfuerzo sobre la pista de Ann Arbor no le alcanzó a su equipo de la Universidad de Ohio para derrotar en el puntaje de la Conferencia a su clásico rival, Michigan, que acumuló 48 puntos entre todas las pruebas del programa, aventajando por cinco a Owens y los suyos.

Al mes siguiente, ya sin rastros de la lesión,

Owens repitió sus victorias en las cuatro pruebas durante los Nacionales Universitarios (NCAA) en Berkeley, California. Pasarían más de ocho décadas –hasta mayo del 2016 en Eugene– para que otro atleta, Jarrion Lawson en este caso, lograra el doblete de velocidad (100/200) junto el salto en largo, en los mismos campeonatos.

La campaña 1935 de Owens continuó con los Campeonatos Nacionales federados (AAU) en Lincoln, Nebraska. Allí la velocidad pura se concentró en los 100 metros llanos donde el ganador no fue Owens, sino Eulace Peacock, otro velocista de raza negra también surgido de Alabama y a quien las lesiones le impedirían ser el gran rival durante las justas olímpicas. Peacock marcó en Lincoln 10 segundos y 2 décimas, que no homologaron como récord del mundo por el viento a favor. Owens llegó tercero, superado también por otro de sus clásicos rivales, Ralph Metcalfe. Y el salto en largo representó una dura batalla, nuevamente con Peacock como ganador en 8 metros, apenas dos centímetros sobre el flamante recordman mundial. Peacock volvió a ganarle a Owens en el cierre de temporada, el 9 de julio en Nueva York, tanto en las 100 yardas como en salto en largo.

“Esto sí es historia. De aquella época ya no queda nadie, más que sus testimonios –me dice John Bacon al borde de la pista de Ann Arbor– Pero el tiempo le da más valor a todo lo que ocurrió aquí”.

El estadio fue construido en 1906, en terrenos donados por un hombre de negocios, Dexter Ferry, para albergar al equipo de fútbol americano. Este deporte se expandió tanto que a mediados de los 20 se trasladó al nuevo e inmenso estadio de la Universidad de

Michigan. Desde entonces, Ferry Field se utilizó sólo como escenario para las competencias atléticas (y para algunos ejercicios militares a principios de los 40). La “Umich” se enorgullece de haber preparado a decenas de atletas olímpicos, incluyendo a campeones de velocidad como Archie Hahn (El Meteoro de Milwaukee, tres oros en Saint Luis 1904) o Eddie Tolan, el ganador de los 100 y 200 sobre Metcalfe en las finales de Los Angeles (1932). También, al saltarín William De Hart Hubbard (oro del salto en largo en París 1924), primer atleta afro-americano en lograr un título olímpico. Por nuestros días, el equipo atlético de la Umich colocó a dos de los finalistas de los 1.500 metros llanos en los últimos Juegos de Río, el neocelandés Nick Willis (medalla de bronce) y el canadiense Nate Bremer (décimo).

Pero, pese a tanta gloria local, la mayor en esa pista correspondió a un prodigio surgido de la cantera rival, Ohio: Jesse Owens. Se lo recuerda como idéntica gratitud, ya como uno “de los suyos”, por aquellos fantásticos 45 –o 75- minutos en la tarde de Ferry Field. Un estadio al que recién regresaría el 17 de mayo de 1974, cuando lo nombraron “Juez honorario” de los Big Ten.

CAMPOS DE ALGODÓN

Cotton Fields” (campos de algodón) es una de las canciones que popularizó Creedence. Y fue justamente en los campos de algodón –pero en Alabama, en el sur profundo y no en la Louisiana del tema de CCR– donde trabajaba Henry Owens, el padre de Jesse y, a la vez, hijo de esclavos.

James Cleveland Owens nació en Oakville, Alabama, el 12 de septiembre de 1913. Fue el décimo y último de los hijos de Henry y Mary Emma Owens: tenía seis hermanos y tres hermanas. Desde chico trabajó para ayudar a sus padres a enfrentar la pobreza, recolectando algodón de en aquellos campos. La infancia de Owens es descripta en *“Triumph”*, el libro que Jeremy Schaap escribió una década atrás. Allí se encuentran distintas versiones del propio Owens, ya de adulto. En algunas, Owens se refiere a su infancia en Oakville como *“miserable, un ciclo de pobreza, hambre y humillación”*. Pero otras veces habló de una *“infancia feliz donde había que trabajar, pero también éramos libres para jugar en los campos”*.

También habría sufrido un grave episodio de salud, a los cinco años. *“Henry Owens, el padre de Jes-*

se, como muchos hombres negros de su generación trataban con reverencia a los blancos porque era un medio imperativo de supervivencia”, dice el libro. Entre 1882 y 1902 hubo en Estados Unidos más de un centenar de linchamientos de hombres negros, la mayoría perpetrados en el sur. Schaap describe a Emma Owens como *“más ambiciosa, su esposo era tímido. Ella creció en circunstancias menos desesperante que su esposo, sabía que ‘había vida y un mundo’ fuera de Oakville. Henry, no. Y desde muy chico, Jesse tomó el ejemplo y la ambición de su madre”*. También eran profundamente religiosos, concurrían a la Iglesia Bautista donde el padre de Jesse oficiaba a veces los servicios.

Sobre aquella época, Owens apuntó: *“Yo amaba correr. No era tan bueno, pero lo amaba igual porque era algo que podía hacer por mí mismo, sentir mi propio poder. Podía ir en una dirección, más rápido o más despacio, sentir el viento, el coraje de mi cuerpo”*.

La situación cambió cuando la familia se trasladó a uno de los estados del Norte, Ohio, más frío pero con mejores perspectivas de trabajo. Lillie, la hermana mayor, se había marchado primero a Cleveland y alentó a su familia para que la siguieran. Allí también Jesse Owens hizo de todo: lustrabotas, canillita, vendedor en una gasolinera, ascensorista. Pero, fundamentalmente, accedió a los estudios y al deporte. Mejoró su alimentación y su estado físico, que había padecido enfermedades severas como una neumonía. El futuro campeón tenía apenas nueve años cuando su familia se radicó en Cleveland y, poco más, cuando conoció al gran campeón –ídolo atlético de esos tiempos– que le serviría como inspiración: Charlie Paddock, el hom-

bre más rápido del mundo a fines de los años 20 con su marca de 10s.4 sobre 100 metros.

Jesse Owens fue apodado “The Buckeye Bullet” por los suyos, “El antílope de ébano” para la historia del atletismo. Y la adopción de su nombre es conocida: una de sus primeras maestras en la escuela de Cleveland (Bolton Elementary), al no comprender bien su entonación sureña cuando le preguntaba su nombre —James Cleveland— lo redujo directamente al Jesse, por sus iniciales. Así quedó para siempre.

La llegada al atletismo se concretó en la Fairmont Junior High School, también en Cleveland, cuando impresionó al entrenador Charles Riley quien, junto a Benny Friedman, dirigían el equipo colegial. “*Nunca vi a nadie tan joven, tan veloz*” definió Riley, quien mantuvo bajo su conducción a Owens cuando pasó a la East Technical High School, en la misma ciudad.

Estados Unidos vivía los tiempos de la Gran Depresión, posterior al crack de Wall Street. Más de 4.800 bancos habían colapsado y si la desocupación alcanzaba al 28% en todo el territorio, una ciudad típica de Ohio como Toledo registró 80% de desempleados entre su fuerza laboral. Una catástrofe. Es una época que, a la vez, dio luz a uno de los movimientos literarios más potentes de Estados Unidos para reflejar tanta penuria. La que Gertrude Stein había apodado “*La generación perdida*” contó con nombres como William Faulkner, John Steinbeck, Ernest Hemingway o John Dos Passos. “*Las uvas de la ira*”, de Steinbeck, o la trilogía de Dos Passos, por ejemplo, reflejan al Estados Unidos deprimido y sus consecuencias sociales. También se expandían el cine, la radio.

En ese ambiente, Owens lucha por mantener sus

estudios y su carrera deportiva, que cobra impulso por sus marcas de juvenil como un 10s.3 con viento a favor para los 100 metros en 1932. Al año siguiente se despidió de su época colegial ganando el Campeonato Nacional Interescolar en Stagg Fields. En las 100 yardas iguala el récord del mundo con 9s.4, y también se lleva las 220 yardas con 20s7 y el salto en largo con 7,60 metros.

Recibe de inmediato varias ofertas universitarias y opta por la más cercana: la Estatal de Ohio, en Columbus, donde queda bajo la conducción técnica de Larry Snyder, el coach que le llevaría a la cumbre. Snyder trabajó de inmediato sobre su deficiente técnica de salida (*“era muy lento”*, apuntó) y sobre sus movimientos del salto en largo. También trató de que se concentrara en el deporte, pese al ambiente hostil. Parecía ciertamente audaz que Snyder reclutara atletas negros, mientras el equipo de fútbol americano de la Ohio State no los admitía. Tampoco los querían dentro del recinto universitario, por lo cual Owens y algunos de sus compañeros, también afroamericanos, vivían en otro departamento, sobre la East Avenue. Por supuesto, restaurantes o teatros no aceptaban visitantes negros.

En su campaña inicial para la Ohio State, en 1934, sus mejores resultados se vieron en salto en largo, donde progresó hasta 7.70 metros en pista cubierta y 7.81 al aire libre, que lo colocaban como el mejor especialista del mundo. Ese mismo año corrió en Columbus un 9s.4 en 100 yardas, igualando la marca mundial, aunque no se homologó.

En la temporada siguiente, el “Día de los Días” lo convirtió en la carta fuerte del atletismo estadounidense del ciclo olímpico que desembocaba en Berlín. Ya

en 1936, el Big Ten se disputó en su “casa” de Columbus, donde retuvo los cuatro títulos de Ann Arbor, aunque sin repetir las marcas: 9s.5 en 100 yardas, 21s1 en 220, 23s5 en la prueba de vallas y 7.80 en salto en largo. Volvió a competir en la misma pista, el 13 de junio, y allí igualó el récord mundial de las 100 yardas con 9s.4, además de ganar las otras pruebas.

Y el 20 de junio de 1936, durante el Campeonato Nacional Universitario (NCAA) en Chicago, establece uno de los grandes récords de su vida: 10 segundos y 2 décimas para los 100 metros llanos, una marca que tendría dos décadas de vigencia (hasta que su compatriota Willie Williams consiguió mejorarla en los Juegos Mundiales Militares de Berlín, el 3 de agosto de 1956). El récord de los 100 llanos, que el canadiense Percy Williams había fijado en 10.3 el 9 de agosto de 1930 en Toronto, permanecía imbatible, igualado varias veces, algunas con reconocimiento oficial y otras no. Owens lo bajó a 10s.2 en esa carrera donde, a una décima, quedaron dos de los velocistas que en poco tiempo lo acompañarían a su aventura olímpica, Foy Drapper y Sam Stoller. La medición posterior determinó que se corrieron exactamente 99.985 metros. La Asociación estadounidense recién admitió oficialmente el récord un año después y la IAAF, en 1938.

Por supuesto, Owens también se llevó los títulos de 200 metros con 21s.3 y salto en largo con 7.89 en el mismo Nacional Universitario. Y ganó dos de las finales en el Campeonato Nacional (AAU) de Princeton, el 4 de julio, con 10s.4 en 100 llanos y 8 metros justos en salto en largo.

Después de ambos campeonatos, Owens se trasladó a los Trials, las eliminatorias olímpicas de Estados

Unidos, que clasificaban a los tres primeros de cada prueba para los Juegos de Berlín. En la pista de Randall Island, fue el vencedor de los 100 metros con 10s.4, los 200 metros con 21s0 y el salto en largo con 7.89, asegurando su participación en las tres especialidades.

Owens era la estrella excluyente de la velocidad y el salto en largo. Eulace Peacock, su vencedor de la temporada anterior en los Nacionales y otras pruebas, ya no estaba disponible: sus recurrentes lesiones en la pierna derecha le habían arruinado su campaña atlética. Curiosa historia la de Peacock: venía de Alabama, igual que su gran rival. Sus padres, también trabajaban las plantaciones de algodón. Y al igual que los padres de Owens se movieron en la Gran Migración, que llevó a más de un millón de personas hacia el Norte con la crisis de los 30. Peacock se inició en el fútbol americano y en el atletismo, deporte que finalmente eligió al estudiar en la Universidad de Temple. Charles Paddock, al verlo batir a Owens, consideró a Peacock *“mi favorito para Berlín”*. Un favoritismo que creció por sus dos registros oficiales –y récord del mundo- de 10s.3 sobre 100 metros, logrados en Oslo y Basilea. Pero en agosto de 1935, sobre el cierre de la gira europea, Peacock se desgarró. Meses más tarde, compitiendo en una posta de 4x100 en los Penn Relays, en Filadelfia, volvió a lesionarse. En los Trials apenas completó el salto en largo, quedando décimo y abandonó su serie de 100. Su campaña atlética prácticamente había concluido, siguió algún tiempo como lanzador de jabalina y también incursionó en el pentathlon moderno.

Concentrado totalmente en el atletismo, los estudios de Jesse Owens quedaron relegados. Recién

volvería a la Ohio State en 1940, para intentar su graduación. Pero no terminó nunca los cursos regulares. En 1972, la Universidad lo honró como “Doctor en Artes Atléticas” por *“su incomparable habilidad, personalidad e ideales deportivos”*.

NUESTROS AÑOS FELICES

Hacia mediados de la década del 30, la entonces breve historia olímpica –y la aún más breve participación argentina– ya incluía dos nombres de nuestro país que brillaron en pruebas de velocidad: Juan Bautista Pina y Carlos Bianchi Luti.

Nacido en Zaragoza (España), pero llegado a Buenos Aires con apenas tres años, Pina fue semifinalista de los 100 metros en los Juegos Olímpicos de Amsterdam, en 1928. Dominó la escena nacional, alcanzando los récords sudamericanos con 10s.4 en el hectómetro –a sólo una décima de la marca mundial– y 21s.6 en los 200. Bianchi Luti, oriundo de Córdoba, pertenecía a la generación siguiente y en 1931 heredó los títulos sudamericanos de Pina sobre 100 y 200 metros en la pista de Gimnasia y Esgrima. Ambos se unieron para darle a la Argentina el triunfo en el relevo corto. Y un año más tarde, Bianchi Luti alcanzó la máxima calificación de un velocista de nuestro país en la historia olímpica de la velocidad, con su quinto puesto en los 200 metros en Los Angeles, tras mejorar el récord de los Juegos en cuartos de final. Bianchi Luti también corrió en 10s.4 sobre 100 metros, mientras que su marca de 200 fue reconocida

—mucho después— como 21s.46 con cronometraje electrónico, utilizado por primera vez en aquel momento. Una enfermedad viral sufrida al retorno de una gira europea acabó con su vida: tenía apenas 24 años.

Sin Pina ni Bianchi Luti, el atletismo argentino igualmente dispuso de un grupo de buenos velocistas con los Juegos de Berlín en el horizonte. Había pasado fugazmente otro atleta de 10s.4 (Enrique Andreini) pero asomaron nombres nuevos. El más sorprendente era Antonio Evaristo Fondevila, surgido de competencias estudiantiles en La Plata: con sólo 19 años, conquistó las dos carreras de velocidad en los Campeonatos Nacionales de 1935, también en GEBA, el 21 y 22 de diciembre. En los 100 metros le cronometraron 10s.4 que no solo igualaban el récord sudamericano sino que representaban la mejor performance mundial de un atleta junior (sub-20), algo que recién se difundió en las estadísticas oficiales medio siglo más tarde. En los 200 ganó con 21s.7, tras marcar dos décimas menos en la eliminatoria. Vestía los colores de Estudiantes de La Plata.

Otros de los velocistas que se preparaban para Berlín ya presentaban un mayor recorrido, principalmente Carlos Nazareno Hofmeister y Antonio Sande —ambos nacidos en 1909— quienes habían acumulado títulos nacionales. Hofmeister, de River Plate, contaba con un antecedente de 10s.8 en los 100 metros (1931), aunque su verdadera especialidad eran los 200. Sande, representante de la YMCA, se destacó en la temporada de 1933 con sus mejores marcas de 10s.5 en los 100 metros y 21s.9 en 200, año en el que también obtuvo ambos campeonatos nacionales. Y otro nombre que surgió fue Thomas Clifford Beswick, quien

acompañó a Fondevila para que completara –con el relevo 4x100– el triplete de campeón en los ya mencionados Nacionales del 35.

Los padres de Beswick llegaron al país a principios de siglo pasado, entre los inmigrantes ingleses que venían a trabajar en la extensión de nuestros ferrocarriles. Se radicaron en Victoria, conurbano Norte. *“Cuando mi abuela quedó embarazada –cuenta Yvonne Beswick, la hija de Clifford– se volvió a Londres para tener allí su bebé. Pero a los seis meses lo trajo a la Argentina. Mi papá se hizo llamar siempre Clifford, estuvo un par de veces en Inglaterra cuando era chico para conocer familiares. Estudió en el San Andrés, aunque no llegó a terminar el secundario. Mi abuelo había muerto y él salió a trabajar. Empezó en compañías como Shell y Glaxo, de empleado, y practicaba atletismo desde los 18 años, entrenaba en San Fernando y varias veces me contó que, para prepararse, corría varios kilómetros por la Avenida del Libertador”*.

Nacido el 17 de octubre de 1911 en Londres, Beswick decidió representar a la Argentina. *“Completó sus trámites de nacionalidad unas horas antes de subir al barco para ir a los Juegos Olímpicos”*, apunta su hija. Al acercarse los Juegos Olímpicos, era uno de los velocistas argentinos en mejor forma, alcanzando sus marcas personales de 10s.6 en los 100 metros y 21s.7 en los 200.

Beswick también era un remero de primera línea, competía para el club L’Aviron. En una entrevista contó su llegada al atletismo en 1930: *“Yo estaba en el Club Social Victoria y organizaron un torneo por la fiesta del 12 de octubre. Allí gané los 100 metros, a pesar de que no tenía ningún conocimiento de largadas, pi-*

ques. Eso me entusiasmó y hasta Alejandro Stirling, el entrenador de Zabala, me animó para que siguiera. Entrené y competí durante dos meses más, pero me desgarré y tuvieron que operarme”.

Aquel entusiasmo no decayó y se lo vio nuevamente en las pistas a principios de 1934, en el campo que Chacarita tenía sobre la calle Humboldt: 55s.2 sobre 400 metros. Una crónica apunta: *“Aunque el tiempo empleado por este corredor no es nada extraordinario, hay que tener en cuenta el pésimo estado del field y la falta de adversarios”.* Entrenado por el profesor Juan Reisseis, Beswick se gana enseguida un lugar entre los mejores velocistas del momento (11s0 en 100 metros y 22s6 en 200 durante un torneo en su propio club) y cumple su debut internacional a fin de año en el match con los uruguayos (Campeonato Rioplataense), en Montevideo. Allí Antonio Sande es la figura de la velocidad, como campeón en los 100, 200 y la posta corta, mientras Beswick llega cuarto en el hectómetro –tras una mala salida– e integra el equipo ganador en los relevos con 42s.7, donde también estaba Hofmeister (es decir, tres de los cuatro futuros olímpicos) y un tal Palme.

Pero otro de los hombres que también viajaría a Berlín, que lucía en otra especialidad atlética como la carrera con vallas, “orbitaba” cerca de los velocistas y terminaría cumpliendo un rol clave en los Juegos, se llamaba Juan Alberto Eduardo Lavenás. De ascendencia argelino-francesa, Lavenás alternaba con similar jerarquía el atletismo y el rugby. Nacido el 5 de septiembre de 1914, Lavenás jugaba como wing para el Belgrano Athletic, de allí pasó al CASI y a fines de 1935, junto al “Mono” Arturo Rodríguez Jurado encabezó la

escisión que dio origen a otro de nuestros grandes clubes, el SIC.

“Mi padre entrenaba y competía simultáneamente en ambos deportes. Para el atletismo, practicaba dos o tres veces por semana en GEBA”, recuerda Juan Lavenás (h). También trabajaba y estudiaba arquitectura. En 1934 logró su primer título nacional sobre 110 metros con vallas. Meses más tarde tuvo su bautismo de fuego internacional en el Sudamericano de Santiago de Chile (1935), donde clasificó cuarto sobre 200 metros llanos. Y en los Campeonatos Nacionales a fines de temporada, los mismos donde emergió Fondenvila, Lavenás ganó su especialidad de 110 metros con vallas en 14s.8, igualando el récord sudamericano, que recién pudo superar el gran Alberto Triulzi una década más tarde.

Lavenás se hizo espacio entre su pasión rugbística por esos meses, afinando su preparación en los 110 metros vallas, incursionando también en los 400 metros vallas y dándole una mano a sus amigos velocistas.

No quedan testimonios sobre las ideas de la dirigencia atlética de aquellos momentos, pero se sabe que planificaban un equipo de relevos para los Juegos Olímpicos. Lo impulsaba Víctor Camaño, el entrenador nacional. Camaño fue uno de los mejores entrenadores del país; por ejemplo, “descubrió” a Noemí Simonetto para este deporte. También, fue uno de los conductores de la Selección atlética argentina en los primeros Juegos Panamericanos, en 1951. Pero antes Camaño sobresalió como director técnico de fútbol: el primero de River en su historia profesional, en 1931. Lo llevó a su primer título de campeón al año siguiente, en el desempate de 3-0 contra Independiente, en un

equipo que ya contaba con “*La Fiera*” Bernabé Ferreyra. Camaño dirigió a River en más de un centenar de partidos hasta que lo dejó... por el atletismo, en 1934. Hoy, la pista del Monumental, siempre de carbonilla y sin registros de competencias desde hace mucho tiempo, lleva su nombre.

EL CAMINO A LOS JUEGOS

A comienzos de 1936, se organizan varias competencias selectivas para los dos encuentros con los uruguayos. En la última, el 27 de marzo en la pista de césped del Belgrano Athletic, Beswick muestra sus progresos: 10s8 en los 100 metros, aventajando a Fondevila y Sande, y 21s7 en los 200. También se va armando una posta, en la que Fondevila, Horacio Delucchi, Sande y Beswick sorprenden con 42s.4, apenas dos décimas por arriba del récord vigente. Y una semana más tarde, en el Parque Battle y Ordóñez, de la capital uruguaya, esa misma posta se ve malograda: se cayó el testimonio en el primer pase. La carrera de los 100 metros tuvo un curioso desarrollo: casi todos los participantes fueron descalificados por partidas falsas y sólo quedaba el uruguayo Rubén Bonifacino. Este les pidió a los jueces que “comenzaran de nuevo” y finalmente Beswick ganó la competencia con 11s1, seguido por el atleta local y Sande. Al día siguiente, sumó otro triunfo sobre 200 metros.

El 19 de abril de 1936 se unen los mejores velocistas del momento en la pista de Gimnasia y Esgrima, en Palermo. Allí Fondevila, Beswick, Hofmeister y San-

de, en ese orden, marcan 42s.1 para el relevo 4x100, reduciendo en una décima el récord sudamericano que otra cuarteta argentina (formada por Hernán Spinassi, Juan Gagliardi, Gastón Pagés y Juan Carlos Ure Aldao) mantenía desde el Sudamericano de Lima, realizado siete años antes. Se trata de un preolímpico clave en el camino a Berlín, ya que todos los candidatos se muestran en espléndida forma. Lavenás, por ejemplo, marca 15s.0 en los 110 metros con vallas y aventaja al yugoslavo –radicado aquí y representante de GEBA– Iván Ivanovic y luego hace una de sus primeras incursiones sobre los 400 metros con vallas: sus 55s.0 igualan el récord nacional. Anderson corre los 400 en 48s8, los 800 en 1m54s.6. Y en las individuales de velocidad, Beswick se mantiene invulnerable: 10s6 en 100, seguido por Fondevila y Sande, y 21s8 en 200, donde sus escoltas son Fondevila y Hofmeister.

Una semana más tarde, el Campeonato Rioplataense se desarrolla en la misma pista, pero ahora maltratada por la lluvia. Los protagonistas son los mismos, aunque el relevo gana en 42s4, Beswick se mantiene como dueño de los 100 metros con 10s7 y queda detrás de Hofmeister (22s0) en la distancia doble.

Los convocan para otro ensayo, el 2 de mayo, nuevamente en GEBA, y el título de *La Nación* apunta: “*Se confirma la presencia optimista sobre el calificado plantel de velocistas*”. Allí cambian el orden, colocando a Sande como segundo hombre y Beswick para el remate: 41 segundos y 8 décimas, un nuevo récord. Ese mismo día, Hofmeister confirma su progresión individual, batiendo el récord sudamericano de los 200 metros con 21s.4.

Aquella misma noche, Ígor Stravinsky ofreció el

segundo de sus conciertos en el Teatro Colón y las noticias de la invasión italiana a Etiopía (“Haile Selassie huyó con su familia”) coparon los principales titulares de nuestros diarios. La reunión del Comité Olímpico Argentino, a los pocos días, designó a siete atletas para los Juegos de Berlín: los maratonistas Juan Carlos Zabala y Luis Oliva, el “cuatrocientista” Juan Carlos Anderson (que brillaría en los 800 metros llanos), Juan Lavenás para las vallas, y Hofmeister, Fondevila y Beswick para pruebas de velocidad. *“También se trató el tema de la posta”*, informaron. Pero no fue nominada, los recursos para el viaje eran escasos y los dirigentes del atletismo, como en otros deportes, lanzaron una campaña para recaudar fondos.

Durante aquella semana, la colectividad alemana realizó uno de sus actos en el Luna Park. La crónica de *La Nación* señalaba: *“Con una concurrencia numerosa y un ambiente de enorme entusiasmo y previa ejecución del Himno Nacional Argentino y otras marchas patrióticas, ocupó la tribuna de oradores el Sr. Kuster organizador del acto y representante del Partido Nacional Socialista de Alemania. Luego, el embajador Edmund Von Thiermann se refirió a las buenas relaciones entre ambos países, que a través de los años toman más impulso”*. Esas mismas “buenas relaciones” también llegaban al ámbito deportivo: el 4 de septiembre de 1935, cuando ya promocionaba los Juegos de Berlín, Von Thiermann recibió –en su residencia de la Avenida Quintana– a funcionarios del gobierno, a Ricardo Aldao (miembro argentino del COI) y al titular del Comité Olímpico de nuestro país, Próspero Alemandri.

A mediados de mayo del 36, los más fieles católicos acompañan la visita del Cardenal Copello, se ter-

minan el ensanche de la Avenida Corrientes y se emplaza el Obelisco, suspenden por seis meses a Cherro —tras agredir al árbitro en el partido contra Vélez— y Luis Angel Firpo, a sus 40 años, retorna al boxeo para enfrentar a Saverio Grizzo en el Luna Park. *“El debe darse por satisfecho y nosotros, por hartos. Archívese el expediente”*, escribe Last Reason.

El atletismo vuelve a convocar a sus velocistas para las pruebas del sábado 16 de mayo, esta vez en la pista de carbonilla de la Asociación Cristiana de Jóvenes, en un predio que la UBA le había cedido en la avenida Paseo Colón e Independencia, y que desapareció en 1950. *“Desde fines del año pasado, un grupo de sprinters excepcional estaba destinado a mover la añeja marca”*, escriben. Fondevila, Sande, Hofmeister y Beswick mejoran otra vez el récord sudamericano en una décima, hasta 41s.7, compitiendo frente a un equipo en el que remataba Juan Lavenás. Y un rato más tarde, como Sande aún no figuraba en el plantel olímpico, deciden probar con Lavenás en su lugar en el equipo titular: 42s.3 *“El pase de Lavenás a Hofmeister fue deficiente”*, revela la crónica.

Lo cierto es que aquellos 41s.7 convertían a la Argentina en uno de los relevos más fuertes del atletismo mundial, de cara a Berlín, y permanecerían como récord nacional hasta 1952, cuando la formación de Mariano Acosta, Enrique Beckles, Gerardo Bönnhof y Romeo Galán consiguió 41s.4 para lograr el título sudamericano en el estadio de River.

Aún llamaron a otra prueba evaluativa, para el sábado 23 y en el mismo escenario, pero una lluvia torrencial obligó a cancelarla. El COA seguía achicando la delegación a Berlín (*“No irán más de 30 atletas, por*

falta de recursos” alarmaron el 18 de mayo). Y en la nueva lista, dejaban afuera a Hofmeister. Y a la posta. *“Partirán el 9 de junio”*, anuncian. Los dos maratonistas –Zabala y Oliva- ya se encontraban en Europa.

Sin embargo, la campaña de recaudación de fondos dio resultado: hubo auspicios de Ferrocarriles Argentinos y la Junta Nacional de Carnes, además de numerosos aportes particulares. La AFA donó 10 centavos por cada entrada vendida en las fechas del 10 y 17 de mayo en el campeonato de primera, recaudando 10 mil pesos de la época para solventar el viaje olímpico.

El 28 de mayo, mientras el COA le concede una prórroga a la Federación Atlética para que consiga los fondos que permitan el viaje de la posta, el Ejército Argentino homenajea al Embajador de Alemania, Edmund Von Thermann en el Salón Imperio, del Jockey Club. Allí estaban, entre otros, el canciller Saavedra Lamas y el ministro de Guerra, Basilio Pertiné. *“Mi Patria aún se encuentra preocupada por su seguridad interior y exterior. Pero bajo la dirección del gran canciller, está irrevocablemente decidida a reconquistar su honor y libertad”* sentencia el Embajador alemán.

Pocos días después, el COA acepta el viaje de todos los velocistas para integrar la posta de 4x100 metros en Berlín y designa oficialmente a Víctor Camañón como entrenador. Viajaba con otro de los ilustres maestros, Alejandro Stirling, el austríaco que condujo a Zabala a su consagración olímpica en Los Angeles pero que ahora, tras la ruptura con el *“Ñandú”*, tenía bajo su ala al otro de los maratonistas argentinos, el cordobés Luis Oliva.

El 3 de junio de 1936, el Comité Olímpico Argentino reúne a todos los seleccionados que se encontra-

ban en el país: *“Alemandri impartió instrucciones”*, titulan. Consejos sobre “comportamiento”, un elogio especial para la única dama, Jeanette Campbell, aliento. Y esa misma noche, la Sociedad de Fomento de Victoria organiza una cena de homenaje y despedida a Beswick. Una crónica señala: *“El señor Beswick, con frases entrecortadas por la emoción, agradeció las pruebas de afecto que recibió. Y dijo: me alienta y reconforta el espíritu para afrontar la difícil prueba olímpica”*. Durante esos días, un diario local critica al municipio de San Fernando, cuyos deportistas olímpicos eran Beswick y el remero Antonio Giorgio: *“Faltan estímulos a los deportistas. Dilapidan anualmente crecidas sumas en los mal llamados juegos populares: rompecabezas, palo enjabonado, piñatas, carreras de embolsados, sartén, etc. Es una burla para el pueblo, el lugar de organizar un torneo y fomentar el deporte y la cultura física”*.

En la lluviosa noche del 9 de junio de 1936, el transatlántico Cap Ancona zarpa del puerto de Buenos Aires con la delegación olímpica. Destino: Hamburgo (y de allí, el tren a Berlin). Una multitud de familiares, amigos y admiradores canta, saluda y grita desde el muelle. El equipo atlético cuenta con sus velocistas (Antonio Fondevila, Antonio Sande, Carlos Hofmeister, Clifford Beswick), Juan Carlos Anderson y Juan Lavenás, mientras los maratonistas siguen su preparación en Europa. En total, la delegación del deporte argentino comprende a 78 personas, presidida por el doctor Alberto León, con otro médico, José Reggi, como jefe de equipo.

El titular del COA, Próspero Alemandri le escribió un mensaje a nuestros deportistas: *“Una hermosa es-*

peranza os aleja del suelo patrio, para ir a cantar, como en tiempo de la Grecia magna, el himno heroico bajo la sombra de los cinco círculos, en la hospitalaria y noble tierra alemana (...) Berlin es un marco grandioso para ser coronado. Escenario digno para realizar las proezas de Hércules, ambiente propicio para desplegar la fuerza del músculo y el espíritu (...) La paz es la vida de la humanidad”.

TIEMPOS TURBULENTOS

No se comprenden totalmente los Juegos Olímpicos del 36 si se abstraen de su contexto político. Lo mismo ocurre con la participación de nuestro deportistas en esos Juegos, si no conociéramos que representaba la Argentina de los '30. Y cuál era el ambiente en el que se desenvolvían deportistas, entrenadores, dirigentes.

Después sí, podemos tomar distancia y plantearnos: ¿Hubo algún intento de faltar a Berlin o, al menos, denunciar lo que allí ocurría? Al parecer, no. Los testimonios son escasos. A nivel mundial la oposición a la “Olimpíada de Hitler” fue tibia -en Francia y España se notaron los movimientos más fuertes- y la Argentina no resultó la excepción.

Nuestra década del 30 (“La década infame”, como quedó en el imaginario) ya fue tópico de numerosos historiadores y, más allá de tendencias, liberales o revisionistas, o de sus ideas políticas, en general los hechos se recuerdan con cierta coincidencia. Rescatamos una definición de Luis Alberto Romero: *“La década del 30 se abrió con un golpe militar. Siguió con un largo período constitucional, pero basado en el fraude*

electoral y la exclusión, hasta desembocar en el golpe del 43". Era una época donde, en casi todo el mundo, predominaban los regímenes antiparlamentarios y totalitarios. Pero, a la vez, los ideales democráticos habían arraigado en la sociedad y uno de sus ejemplos fue la oposición al intento de reformas corporativas que Uriburu y los suyos promovieron en 1931.

Romero discrepa con aquella calificación: *"A los ojos de los historiadores, tal calificación no hace justicia a la complejidad del proceso histórico 1930/43 ni a la magnitud de los cambios ocurridos en estos años. Dicho sintéticamente, durante la presidencia de Justo se fundó el Estado intervencionista, que habría de perdurar por décadas, se consolidó la presencia del Ejército y de la Iglesia Católica en la política"*.

El término "Década Infame" proviene de un libro del periodista José Luis Torres, de extracción nacionalista. Sylvia Saitta escribe: *"Encontró la palabra exitosa con la que adjetivar el conjunto de prácticas políticas y económicas que caracterizaron esos años. El fraude patriótico, la restauración conservadora, las relaciones de dependencia económica respecto al mercado británico, los grandes negociados, la persecución de opositores. La crisis política y económica, sumada al impacto de la caída de Wall Street en 1929, produjeron un quiebre profundo en el modo en que los argentinos se pensaban a sí mismos. Lo que puso en cuestión fue precisamente el destino de grandeza y de la excepcionalidad del país, que se había consolidado desde la constitución del Estado moderno en 1880"*.

El golpe de 1930, que derrocó al radical de Hipólito Yrigoyen de su segunda presidencia, inició un ciclo de más de cuatro décadas de intervenciones militares,

habitualmente seguidas por represión y proscipciones. Un ciclo que recién pudo clausurarse desde 1983. Aquel golpe liderado por Uriburu se dio en medio de la crisis económica mundial de la cual la Argentina, por distintos factores, salió relativamente rápido. Fueron años en los que continuó el movimiento inmigratorio, que conformaba la identidad del país desde fines del siglo anterior: muchos de nuestros abuelos llegaron -empujados por la necesidad, por las persecuciones o por sus sueños- en aquella época. A la vez, se dio un fuerte proceso de inmigración de zonas rurales a la periferia de las grandes ciudades (la Capital, Rosario), atraídas por la incipiente industrialización. Prácticamente el perfil de nuestras principales ciudades se definió en esa época.

Agustín P. Justo, el hombre fuerte de la década, gobernó sobre una coalición heterogénea, llamada “La Concordancia”, con el radicalismo proscrito, o dividido. O que se abstenía. Justo se apoyaban en un Ejército intervencionista y también se registraba un fuerte avance de la Iglesia, que -en línea directa con Roma, Pío XI primero, Pío XII después- mostró su capacidad de movilización desde el Congreso Eucarístico Internacional, celebrado justamente en Buenos Aires (1934) ante una multitud.

Pero el apelativo de la “Década Infame” no proviene del autoritarismo propio de un régimen surgido de un golpe, sino de sus derivaciones: simpatías de algunos sectores con los regímenes corporativos que asolaban Europa (Mussolini primero, Hitler después) y, sobre todo, la utilización del fraude como método sintomático para perpetuarse en el poder. Según Romero *“desde 1936, el régimen asumió el fraude electoral co-*

mo una práctica normal. Y en la elección presidencial de 1937, que llevó al gobierno a la fórmula oficialista Ortiz-Castillo, en la mayoría de las provincias se ejerció abiertamente el fraude”.

Aquella vertiente corporativa no se daba tanto en los niveles superiores del gobierno –donde predominaron los conservadores, que fueron distanciándose de la prédica fascista- sino en otros de sus personajes. Su exponente más conocido fue Manuel Fresco, gobernador bonaerense entre 1936 y 1940, quien hizo del fraude un ejercicio cotidiano. Descalificaba el sufragio universal y buscaba “una nueva forma de representatividad”, replicando conceptos fascistas.

Fabián Bosoer escribe que Fresco *“admiraba abiertamente a Franco y Mussolini. Por eso permitió la libre circulación de la propaganda nazi en su provincia, formó su propia milicia protofascista y se convirtió en referente de las organizaciones nacionalistas que buscaban un líder fuerte. Su lema era Dios, Patria y Honor”.* Al mismo tiempo, para darle base política a sus ambiciones, negociaba con los sectores obreros, a los que le concedió 400 leyes laborales. Su influencia se fue evaporando desde que asumió Ortiz y el país se alejó prudentemente de la estela fascista.

Pero así como fue una década con un contenido político regresivo, y de fuertes tensiones, también registró una potente vida cultural y, en muchos aspectos, tanto de conformación social y hasta arquitectónica prefiguró lo que sería la Argentina que se prolonga hasta nuestros días. *“Sería un error denominar de aquella manera (Década Infame) a la cultura de ese período. Lejos de ser infame, fue una respuesta creativa a los sucesos políticos, económicos y sociales que signaron*

la época”, sostiene Saitta.

Fue una década donde nos visitaban David Alfaro Siqueiros, Charles Le Corbusier, José Ortega y Gasset, Federico García Lorca. Donde se construyeron muchas de las autopistas y edificios que aún hoy resultan emblemáticos. Donde Victoria Ocampo funda y dirige ese faro que llamado “*Sur*”, dentro de una tradición liberal y, al mismo tiempo, el nacionalismo penetra en sectores intelectuales: desde los filofascistas como Leopoldo Lugones o Gustavo Adolfo Martínez Zuviría (Hugo Wast) hasta quienes reflexionan sobre el país, su geografía, la nacionalidad. Ezequiel Martínez Estrada escribe “*Radiografía de la Pampa*”, “Eduardo Mallea lanza “*Historia de una pasión argentina*” y Scalabrini Ortiz, “*El hombre que está solo y espera*”. Y es la década en la que Jorge Luis Borges —una de las plumas de lujo en *Sur*— se distancia de sus obras de los 20 para ingresar en el relato fantástico (“*Pierre Menard...*” sería el primero), en todo el cuerpo que integraría *Ficciones*, *El Aleph* y *El Jardín de senderos que se bifurcan*.

Gran parte de las expresiones populares se manifiestan en el tango —que atraviesa todas las clases sociales— y en la expansión de la radio y en el teatro. Aquí, junto a las salas habituales y colmadas, emerge el teatro independiente. El Teatro del Pueblo es el primero, y allí Roberto Arlt expone sus piezas dramáticas.

DE FRENTE AL PELIGRO

También se escribió bastante sobre la penetración nazi en nuestro país, pero lo cierto es que -más allá de la parafernalia propagandística y de algunos actos masivos- no llegó a tener inserción profunda en la sociedad.

En los primeros tiempos, la oposición más firme llegaba desde los partidos de izquierda (socialistas, comunistas, o vestigios del anarquismo), como sucedía en otros países. Pero también se les plantaron los sindicatos. Nicolás Iñigo Carrera escribe que *“ya en julio de 1933, cuando venía el buque alemán Monte Olivia y traía a bordo a los ‘camisas pardas’ para dar conferencias a trabajadores argentinos, se movilizaron estudiantes, partidos de izquierda y sindicatos”*. El 1 de agosto de ese años paralizaron el puerto, chocaron con la Policía y la visita terminó con perfil bajo.

Más fuerte fue el movimiento antifranquista o, mejor dicho, la solidaridad de amplios sectores argentinos con la República Española, durante la Guerra Civil.

Así como la radio, los diarios gozaban de masividad y repercusión, espejos de una sociedad cambiante, heterogénea. Saitta en *“Regueros de Tinta”* describió el

fenómeno del diario *Crítica* en esa época. Justamente *Crítica* —y *La Voz del Interior* en Córdoba— fueron los únicos medios relevantes que, en un principio, enfrentaron y denunciaron abiertamente al nazismo. Para la mayoría de los medios, se trataba de un tema “lejano”. Y algunos, hasta parecieron simpatizar en un principio (todo cambiaría con el estallido de la Segunda Guerra Mundial).

¿Qué hizo el deporte, en ese contexto? Poco.

El Dr. César Torres investigó el tema y mencionó algunas publicaciones como *En Guardia!* y *Alerta!* que llamaron a boicotear los Juegos. El escritor Alfredo Varela contó que se había constituido “un Comité contra la Olimpiada” llamando al boicot. Y que habría recibido apoyo de deportistas conocidos como los ciclistas Cosme Saavedra y Martín Remigio. También grupos de la comunidad judía estaban en esa línea. Torres cita otra publicación, *Acción Sionista* donde, en abril de 1936, cuestionaba “*si un país como el nuestro puede enviar a la flor de la juventud a ver ese panorama de oprobio*”. Simultáneamente, una publicación de la SHA informaba que se constituyó un “Comité Juvenil contra la Participación Argentina en las Olimpiadas de Berlín”. Argumentaban que el deporte “*ha sido desvirtuado bajo la presión nazi y ha de resentirse profundamente en aquel ambiente de hostilidad para todo lo que no sea ario*”.

No obstante, fueron movimientos marginales, sin repercusión en el deporte federado. Tanto desde el Comité Olímpico Argentino que presidía Próspero Alemandri como en todas las federaciones, y sobre todo desde el Gobierno, no existían preocupaciones. Por el contrario, el único objetivo era ir, competir y exhibir la fortaleza de nuestro deporte.

Un repaso de *El Gráfico* del 36, la gran revista de-

portiva del país, va en esa línea. Varias producciones periodísticas detallaban la preparación de los Juegos y la progresión de nuestros atletas. El 18 de abril, una de sus publicidades corresponde a Eves, la compañía de turismo que promociona el viaje a los Juegos: “*Dos programas, uno por \$ 2350 con salida en barco el 26 de junio, clase cámara, por 82 días*”. Y el otro, a la mitad de ese precio, con salida el 10 de julio en clase Turista.

El 1° de agosto de 1936, con motivo de la inauguración de los Juegos, *El Gráfico* lanzó un número extraordinario, en el que noventa de sus 120 páginas se dedicaban al acontecimiento. Allí recuerdan las historias olímpicas de las cuatro décadas precedentes, presentan a las figuras que se vienen (Jesse Owens incluido) y una descripción de la Villa: “*Esta colonia única que el Reich ofrece como regalo a la juventud*”. La describe como “*fantástica, con sus maravillosos paisajes*”. Las publicidades son de Shell, suspensores Titán, los autos Open, Chrysler y Aceite Federal, entre otras marcas. Y una más: “*Siga al minuto el desarrollo de los Juegos, sintonice en transmisión exclusiva desde Berlín por LS2 Radio Prieto, LR4 Radio Splendid, conexiones a Uruguay, Chile y Paraguay*”.

También la cobertura de *El Gráfico*, a lo largo de todo el mes, sería exclusivamente deportiva, con las imágenes de aquel notable reportero llamado Alfredo Legarreta. Las páginas de *La Nación* de ese año -por mencionar a un diario de referencia- ofrecen continua información sobre el deporte con vistas a Berlín, pero escasas alusiones políticas. No obstante, sí menciona (el 9 de mayo, en una nota de Geo Andre desde París): “*Existen en Francia muchos partidarios de que no se debe concurrir a Berlín. El espíritu nazi quiere introdu-*

cir su doctrina en el deporte, contraria a las libertades más primordiales y a la igualdad entre los hombres”.

El nazismo intentó penetrar en la sociedad argentina pero encontró resistencia, inclusive en la propia colectividad alemana, dividida: parte de la misma estaba formada por recién llegados, que huían y alertaban sobre lo que se avecinaba con Hitler. A pesar de ello, el régimen tuvo prensa propia en la Argentina, otra prensa adicta o indiferente. Y organizó varios actos, inclusive hasta abril del '38: 15 mil personas concurren al Luna Park para festejar el “Anschluss” (la anexión de Austria). Según la crónica de *La Prensa*, *“dentro del estadio se pudo apreciar un escenario adornado con banderas alemanas con la cruz esvástica y argentinas, destacándose en el telón de fondo, en rojo, la inscripción Heil Führer y otra, en alemán, que decía: Un pueblo, una nación, un conductor. Muchos miembros de las entidades nazis, quienes vestían camisas pardas y llevaban brazales con la esvástica, tuvieron a su cargo la ubicación del público realizada en un orden casi militar”.* El delegado comercial de Alemania, Erich Otto Meynen, arengó a la concurrencia con el tradicional saludo nazi, brazo en alto. Y destacó “el afecto de los austroalemanes hacia la Argentina”, al que definió como *“un país hospitalario en el cual se sienten cómodos y orgullosos”.*

Pero hubo manifestaciones de repudio y enfrentamientos, que dejaron dos muertos y medio centenar de heridos. Entonces, el presidente Ortiz creó una comisión especial, que investigó las actividades nazis en la Argentina, ordenó disolver el “Partido Nacionalista Alemán” de nuestro país y expulsó a dos espías.

El Centro de Estudios Sociales de la DAIA realizó un estudio, hace una década, sobre la actitud de los medios

argentinos frente al nazismo. Analizaron 30 mil ejemplares de los diarios. Allí apareció, por ejemplo, una famosa carta de salutación –por otro acto en el Luna Park- que el propio Hitler le envió a sus fans argentinos a través de *La Razón* en 1933. Gustavo Efron y Darío Brenman, redactores del informe, concluyen en que los principales medios (a excepción de *Crítica*, ya citado) fueron virando desde una posición vacilante o complaciente, hasta la condena en 1938. “*El primer editorial verdaderamente antinazi en La Nación se publica el 31 de diciembre de 1938 con el título: La política antisemita en Alemania*”.

A bordo del Cap Ancona, nuestra elite deportiva de 1936 partió en aquel invierno hacia Berlín con sus sueños concentrados en los estadios, gimnasios y aros olímpicos. Ni el mundo, en su mayoría, parecía tan preocupado.

DESTINO: BERLIN

A fines de junio, los deportistas argentinos llegaron a la capital alemana. Casi todos concentraron en la Villa (Pueblo Olímpico), que administraba el Ejército, a 14 kilómetros del flamante Estadio.

Del plantel atlético, los maratonistas Juan Carlos Zabala y Luis Oliva ya llevaban varios meses en Alemania, mientras que Lavenás, Anderson y los velocistas, junto al DT Víctor Camaño, viajaron en el Cap Ancona junto a casi toda la delegación. Así se iba a los Juegos en esa época —desde la primera incursión argentina, París 1924— y así se siguió por varias décadas. Extensas, interminables travesías por el mar.

El deporte argentino cumplió un excelente desempeño en aquellos Juegos, si recordamos que cosechó dos medallas de oro, otras dos de plata y tres de bronce. Los triunfos llegaron a través de la selección de polo —deporte que se disputó por última vez en 1936, tras una contundente 11 a 0 sobre los británicos— y el boxeador Oscar Casanovas, quien le ganó la final de los plumas al sudafricano Charles Catterall. Luis Duggan, Roberto Cavanagh, Andrés Gazzotti y Manuel Andrada integran la cuarteta campeona de polo, que también de-

rrotó a los mexicanos 15-5. La nadadora Jeanette Campbell, la primera dama de nuestro país en participar en los Juegos y la única en aquella delegación, fue subcampeona de los 100 metros libre, a veinte centésimas de la holandesa Hendrika Mastenbroek. Y el boxeador Guillermo Lovell aportó otra medalla de plata, tras perder la final de los pesados en discutido fallo con el local Herbert Gunge El boxeo consiguió también dos medallas de bronce con Raúl Villarreal en medianos y Francisco Risiglione en mediospesados. Y el remo inició su serie para la Argentina con el tercer puesto de Julio Curatella y Horacio Podestá en el par sin timonel.

Los polistas se habían instalado en Francia -pasaron por Boulogne Sur Mer, donde visitaron la casa de San Martín- y Bélgica, y llegaron con bastante anticipación a la sede olímpica. Muy cerca andaba Zabala quien, preparaba el maratón olímpico y ahora con el técnico alemán Lemberg, estableció una marca mundial de 20 mil metros en Munich. También batió dos veces el récord sudamericano de los 10 mil metros: el 10 de mayo en Wittenberg con 31m02s4 y, once días después, con 30m56s2 en Stuttgart. Iba a competir sobre ambas distancias en los Juegos. Wittenberg, la tierra de Lutero, era la base de entrenamiento del “Ñandú Criollo”, sobre una pista de 333 metros. *La Nación* destinó a su corresponsal, Willy Klappenbach, para cubrir sus preparativos: *“Diga allá que no se preocupen, no me voy a sobreentrenar”*. Tras su primer récord, y en una de sus bravatas típicas, lanzó: *“No quise batir el récord mundial ahora, no me conviene esforzarme”*. *“No se preocupen –insistió– los finlandeses no me van a agarrar dormido”*. Finalmente, en los 10 mil llanos de Berlín sucedería lo contrario, pese a lo cual Zabala lo-

gró un meritorio sexto puesto.

Para la carrera en Wittenberg acudieron el embajador argentino, Eduardo Labougle y el cónsul, Bus Lezica, con sus familias.

La crónica en *La Nación*: *“El Gauleiter -jefe de sección de la NSDP- habla a los corredores. Zabala, el vencedor, y otros tres atletas se cuadraron frente a él. El orador se dirige a Zabala, recuerda la neutralidad argentina durante la guerra. Hace votos por la amistad entre Argentina y Alemania. Por los parlantes, se escucha el Himno Argentino. El estadio entero se pone en pie y hace el saludo nacional-socialista. Zabala recibe flores y las entrega a la esposa del embajador: ‘Las flores son para la Argentina. Para usted, señora’. Y el burgomaestre de Wittenberg apunta: se ve que los atletas argentinos también son caballeros galantes”*.

Zabala se quedó entrenando en Wittenberg hasta el comienzo de los Juegos, no se integró al resto de la delegación.

El Cap Arcona, que llevaba a nuestros atletas hasta Berlín, hizo escalas en Santos, Río de Janeiro y Lisboa. Aprovecharon esos momentos para entrenar con más intensidad, aunque en el barco también hacían footing, gimnasia y hasta salto con vallas. Borrás, el entrenador de Jeanette Campbell, ideó para ella un curioso sistema de entrenamientos con sogas en la pequeña pileta del buque.

En la Villa Olímpica la delegación fue destinada a las casas Essen y Bochum. A Jeanette Campbell la ubicaron en otro sector, junto a las deportistas australianas y japonesas.

El informe del COA —allí están registrados hasta el último detalle todos los aspectos médicos, la dieta, la

preparación física, los reglamentos, los horarios, la travesía en barco— indica: *“Si los servicios particulares de cada casa merecían el más completo elogio, no existen palabras para ponderar la organización y amplitud de los servicios generales de la villa: comedores, salas de espectáculos y locales de entrenamiento al aire libre y bajo techo, piletas, parques, bosques, hermosos lagos”*. El enlace entre la delegación argentina y la organización de los Juegos era el capitán Wolf van Hülzen. Sin embargo, el clima los complicó: *“Nuestros deportistas llegaron a Berlín en excelente estado físico. Pero el constante mal tiempo impidió una preparación más eficaz: muchas lluvias y cambios de temperatura”*, agrega el informe.

Entrevistados más de sesenta años después por *La Nación*, Campbell y el polista Cavanagh recordaron la estadía en Berlín.

Dijo la Dama Jeanette: *“Todo me parecía sensacional. Desde el tráfico ordenado hasta la limpieza, el trato educado con los extranjeros. No vi ningún acto desagradable o violento, el racismo pareció tomarse vacaciones. Hitler estaba en la cima del poder y los alemanes parecían adorarlo. Cuando se acercaba al estadio, todo el mundo corría, aplaudía y gritaba. Por ese entonces, yo no entendía nada de política”*. Campbell recuerda que vio al genocida en la ceremonia de apertura. Y que ella recibió su medalla de plata -al día siguiente de la final de los 100 libres- de manos del propio ministro de Propaganda, Joseph Goebbels. Nacida en Saint-Jean de Luz, Francia, en 1916, hija de escoceses, Jeanette vivió desde los dos años en la Argentina y comenzó a nadar en Belgrano Athletic, su club de siempre. De allí su amistad con atletas como Lavenás o Anderson, que se prolongaría en el tiempo.

Los polistas no se alojaron en la Villa, sino en un hotel céntrico. Relató Cavanagh: *“Con Luis Duggan, recorrimos cuánto pudimos de Berlin. Nos dejaban entrar en todos lados. Lo único que había que acordarse era de hacer el saludito con el brazo extendido. Por las mañanas, nos despertaban con el ruido del desfile de las tropas de asalto. En el Berlin de entonces, todo era propaganda. Lo mismo en el hotel. Nos sentábamos a desayunar, venía el mozo y nos lanzaba un ‘Heil Hitler’ y el saludo incluido. Aprendimos que había que imitarlo si queríamos que nos atendiera bien. Todo era limpio y ordenado, pero militarizado. Con espías por todas partes”.*

LOS RAPIDITOS

Al aproximarse los Juegos Olímpicos, Jesse Owens era favorito para sus cuatro pruebas y uno de los atletas más considerados del mundo. Por lo tanto, lo sucedido allí, finalmente, no sorprendió en términos técnicos.

Owens medía 1,78 m. y pesaba 71 kg. en pleno esplendor atlético. Bajo la guía del coach Snyder había desarrollado un estilo fluido y elegante en las carreras, representaba un nuevo biotipo de velocistas, tal vez no tan explosivo como los campeones anteriores, pero igualmente efectivo. O más.

Sven Ekstrom, un periodista sueco que cubrió los Juegos de Berlín para los diarios de su país, escribió en el *Aftonbladet*: *“De todos los deportistas con lo que me topé en mi carrera de periodista, el que más admiración me causó fue Jesse Owens. Lo que hacía que resultara un hombre tan extraordinario no eran únicamente los resultados que consiguió en aquella época, ni el hecho de que redujera a todos sus contrincantes a la nada, sino sus movimientos llenos de ritmo y de una inefable elegancia y armonía. Conseguía una conjunción perfecta entre el placer de correr y una calcu-*

lada concentración. He ahí la clave de su grandeza”.

Pero, ¿en qué marco técnico se devolvía en el atletismo de velocidad, quiénes eran los hombres a los que debía enfrentar?

El récord del mundo de los 100 metros llanos se había ubicado en los 10s.3 a principios de esa década, obra del canadiense Percy Williams el 9 de agosto de 1930 en Toronto. Hasta la aparición de Owens, quien lo mejoró en otra décima de segundo en el ya mencionado Campeonato Universitario en Chicago, poco antes de los Juegos de Berlín, los 10s.3 fueron igualados en siete oportunidades con reconocimiento oficial, tres de ellas a cargo de estadounidense Ralph Metcalfe y las otras por Eddie Tolan, Eulace Peacock, el holandés Christiaan Berger y el japonés Takayoshi Yoshioka. Pero otra docena de veces también se vieron carreras de 10s.3 que, por distintos motivos (velocidad del viento, detalles protocolares, cronometraje irregular) nunca tuvieron reconocimiento en las tablas oficiales. Cuatro de esos récords “oficiosos” correspondieron al mismo Metcalfe y tres más a un alemán, Eric Borchmeyer.

Metcalfe es un hombre clave en esta historia de la velocidad y, sobre todo, en los tiempos de Owens con quien, finalmente, sellaron “el comienzo de una larga amistad”.

En la final olímpica de 1932, en Los Angeles, Metcalfe –apodado “*El expreso de Marquette*”–enfrentaba a su compatriota Eddie Tolan, a su vez apodado “*El expreso de Medianoche*”. El bajito, compacto y miope Tolan (medía 1,65 m., corría con anteojos) enfrentaba al fornido Metcalfe (1,81 m. para 83 kg de peso) sobre 100 metros. Fue la final más ajustada y discutida de la historia olímpica. Metcalfe llegó primero a la línea de sentencia

pero Tolan —más ágil— la atravesó primero. La versión francesa del reglamento indicaba que el ganador era “el que llegaba primero”. Sin embargo, la versión inglesa, que se aplicó, decía que el ganador era “el que pasaba primero”. Ambos marcaron 10s.3, igualando el récord del mundo.

Tolan, mascando chicle, se quedó al borde de la mesa de los jueces esperando durante largo rato la decisión del jurado. Metcalfe estaba más lejos. Finalmente, le concedieron el triunfo a Tolan y la IAAF debió unificar los reglamentos. Gustavus Kirby, el jefe del jurado e inventor del foto-finish, que allí se puso en funcionamiento, declaró: *“Tolan ha ganado por 5 centímetros. Los dos hombres alcanzaron el hilo de llegada simultáneamente. Pero los reglamentos precisan que la carrera no termina hasta que el torso del atleta atraviesa completamente la línea marcada por el suelo. Tolan atravesó esa línea antes que Metcalfe”*.

Eddie Tolan —oriundo de Denver (Colorado), estudiante en la Universidad de Michigan— se convirtió así en el primer velocista de raza negra en ganar la Prueba Reina del atletismo olímpico. Y sumó otro triunfo en los 200 metros llanos, donde Metcalfe sufrió una nueva amargura: era su distancia favorita y llegó tercero. Enseguida se comprobó que su línea de salida no estaba en el lugar correcto, sino en una marca de 220 yardas (201,17 metros), distancia popular en los torneos estadounidenses. Pero —en un gesto de caballerosidad deportiva— rehusó que se volviera a correr, como le habían ofrecido. Estados Unidos también ganó la posta 4x100 metros pero sin incluir ni a Tolan ni Metcalfe: le dieron la oportunidad a otros.

Uno de ellos se llamaba Frank Wykoff. Ya había

ganado la misma posta en los Juegos anteriores, en Amsterdam (1928) y volvería a hacerlo ocho años después en Berlín (1936), nada menos que con Owens y Metcalfe entre sus compañeros. Wykoff no estaba entre los más relevantes sprinters norteamericanos, pero fue uno de los de mayor vigencia y consistencia en las competiciones importantes. Quedó cuarto en la final individual de los 100 metros en Amsterdam y lo repitió en Berlín, algo que otros sprinters de su generación, más conocidos o más dotados, no alcanzaron.

Después de los Juegos de Los Angeles, Tolan se dedicó al teatro y a la docencia. En cambio, Metcalfe se afirmó como el hombre más veloz del mundo, tanto por su seguidilla de récords en el hectómetro como actuaciones impresionantes sobre 200 metros. Llegó a correr las 220 yardas en recta en menos de 20 segundos (19s.8), el 2 de septiembre de 1932 en Toronto. Y su récord del mundo, cuando aún se corría en recta todo el trayecto, fue de 20s.6 el 12 de agosto de 1933 en Budapest.

Los orígenes de Metcalfe eran similares a los de Owens o el infortunado Peacock: provenían de familias humildes, del sur profundo y esclavista. En el caso de Metcalfe, nació en Atlanta, Georgia, en 1910 y su familia se trasladó a Chicago cuando él tenía apenas siete años. Estudió en la Universidad de Marquette, fue el mejor velocista del mundo en los años 33 y 34, y después sufrió la irrupción de Owens. Recién disfrutó de una medalla de oro con el relevo en Berlín. A su retiro, combatió en la Segunda Guerra Mundial y se diplomó con un Master en Ciencias Políticas en una de las universidades más importantes de su país, la UCLA. Fue el comienzo de una extensa y notable carrera política, que lo llevaría como Representante al Congreso por el Partido Demó-

crata, en Illinois, en la década del 70. También, fue uno de los líderes negros que impulsaron la lucha por los Derechos Civiles y dirigió el departamento de asuntos sociales en la convulsionada Chicago de los 60.

Las eliminatorias olímpicas del atletismo de Estados Unidos (los US Trials) con vistas a los Juegos de Berlín se realizaron en el tórrido verano de 1936 (11 y 12 de julio) en el estadio de Randall Island, Nueva York. Pista legendaria aún hoy, baste decir que fue allí donde jamaiquino Usain Bolt, con 9s72 sobre 100 metros en 2008, consiguió el primero de sus récords mundiales. Y donde inició su ciclo de imbatibilidad en las grandes competiciones.

“El calor –cuenta el investigador británico Richard Hymans– fue un factor en muchas pruebas de aquellos Trials. Al momento de la final de los 100 metros, el termómetro marcaba 100° en la escala de Fahrenheit” (casi 38°C).

Peacock, el gran rival de Owens y Metcalfe hasta pocos meses antes, no se había recuperado de su desgarro. Apenas pudo correr la mitad de los 100 llanos, en las series, y tuvo que abandonar. Sus sueños olímpicos quedaron pulverizados.

Owens, pese a una débil salida, ganó con claridad los 100 metros en 10s.4, aventajando por dos centésimas a Metcalfe. Y Wykoff llegó tercero con 10s.7, consiguiendo así la tercera, última y ansiada plaza para los Juegos. Los otros debían consolarse con un puesto en los relevos, algo que, como ya veremos, también tendría una historia significativa en Berlín: Foy Draper (4°) y Marty Glickman (5°), ambos con la misma marca que Wykoff, y Sam Stoller, sexto con 10s.8, otro de los que finalmente viajó a Alemania. Cerró la cuenta en el sép-

timo puesto de esa final y también con 10s.8, Matthew Robinson –más conocido como Mack- quien al día siguiente sorprendería en la distancia doble.

Por primera vez, los 200 metros de los Trials se corrieron con curva y recta, y así los 21s.0 que le dieron el triunfo a Owens fueron considerados “récord nacional”. Robinson llegó segundo con 21s.2 y Robert Packard tercero, con una décima más, sobrepasando en la línea de sentencia a Metcalfe. Poseedor del récord del mundo, consumado especialista, casi imbatible por varias temporadas, Metcalfe se quedó fuera de su prueba favorita para los Juegos. Robinson volvería a escoltar a Owens en Berlín. Proveniente de California, sus méritos deportivos no le alcanzaron para evitar –como a muchos de sus compañeros- las humillaciones por la discriminación racial. Pero su lucha fue, a la vez, la imagen para su hermano, el luego famoso Jackie Robinson, quien se convirtió en el primer jugador de béisbol de raza negra en ser admitido en las grandes ligas. Toda una revolución que hace poco llegó al cine en “42”. Mack Robinson, el velocista, recién se sintió reconocido cuando los Juegos Olímpicos retornaron a Los Angeles, en 1984, y fue uno de los portadores de la bandera del COI en la ceremonia inaugural.

Con estos nombres en danza, Owens y los suyos marchaban como favoritos del sprint a los Juegos. El nivel de los atletas europeos –sobre todo alemanes y holandeses- también era respetable. El primer Campeonato de Europa, disputado en Turín, Italia, en 1934, vio ganar al holandés Christiaan Berger con 10s.6 en los 100 metros y 21s.5 en los 200. Berger y el alemán Borchmeyer, estuvieron por esos años entre los sprinters que –oficial o extraoficialmente- corrieron el hectómetro en 10s.3.

Pero al momento de los Juegos, y como se confirmaría enseguida con su podio en ambas carreras, el holandés en mejor forma se llamaba Martinus Osendarp, de veinte años. Osendarp provenía de la pequeña Delft, la ciudad en la que Vermeer nos legó sus maravillosas pinturas como *“La dama de la perla”*. Y después de dedicarse por un tiempo al fútbol, Osendarp fue reclutado como velocista. Tras sus medallas olímpicas, y pese al percance en los relevos, en su país lo recibieron como un héroe: KLM le puso un vuelo a disposición personal, para llevarlo directamente de Berlín a La Haya. Dos años después hizo su propio doblete al ganar, con 10s.5 y 21s.2 el Campeonato Europeo, en París. Debieron pasar casi ocho décadas –hasta julio de 2016– para que otro velocista de Holanda ganara los 100 metros como Churandy Martina acaba de hacerlo delante de su propio público, en Amsterdam. Pero, en realidad, Churandy Martina proviene de las Antillas Holandesas, una de las colonias que conserva el reino y que competía en forma independiente hasta la década pasada.

Si las historias de Metcalfe o Robinson, en el post-atletismo, estuvieron marcadas por las luchas por los derechos civiles, el heroísmo y las reivindicaciones sociales, la de Osendarp circuló por el andarivel opuesto. Sus padres militaban en el Nacional-Socialismo holandés. Y apenas los nazis desembarcaron con sus botas y sus tanques sobre Holanda, el 10 de mayo de 1940, el ídolo atlético entró en la SD, el servicio de inteligencia de la Gestapo. Persiguió y arrestó a combatientes de la Resistencia, durante la Segunda Guerra. Cuando Holanda quedó liberada, Osendarp fue detenido y juzgado. Pasó doce años en la cárcel hasta que le

dejaron volver a su pueblo, donde trató de pasar inadvertido. Ya en su vejez, le permitieron entrenar a jóvenes velocistas. Y se confesó con un diario: *“En su momento, hice lo que pensé que debía hacer. ¿Podía hacer otra cosa? ¿Fui demasiado ingenuo?”*.

LAS SOMBRAS DEL BOICOT

El ascenso del nazismo al poder en 1933 y sus dramáticas consecuencias –la Segunda Guerra Mundial, la destrucción, el Holocausto– son tema de estudio constante para políticos y economistas, científicos, historiadores, sociólogos. Un aspecto –menos relevante ante tanta tragedia– es: ¿Con ese clima pre bélico nadie intentó evitar que Alemania organizara los Juegos de 1936?. Sería errado calificar al mundo de entonces y a sus protagonistas con las categorías de hoy, cuando pasaron más de ocho décadas. Algunas (o muchas) conductas resultan inexplicables. Otras tantas, condenables. En 1936 el manifiesto racista, belicista y expansionista de la Alemania nazi era evidente. Los que serían sus aliados en el Eje también ya movían sus piezas: Italia se apoderaba de Etiopía y Japón, de Manchuria.

También la maquinaria antisemita había arrancado desde septiembre del año anterior, cuando se sancionaron las leyes de Nürenberg durante el séptimo Congreso del partido nazi, redactadas por el jurista y ministro del interior Wilhelm Frick y divulgadas por Julius Streicher, un canchero de Hitler que manejaba grandes medios de comunicación. Fueron la base le-

gal para promover la discriminación racial, la persecución y el exterminio.

Pero lo cierto es que no hubo un movimiento de resistencia poderoso frente a la ambición nazi de llevar adelante “sus” Juegos y convertirlo en un elemento central de propaganda. El Comité Olímpico Internacional y su sección nacional más poderosa (Estados Unidos) negociaron con Alemania durante varios años y lo único que trataron fue de salvar la imagen, que se limpiaran las calles de leyendas racistas durante las semanas de la fiesta. O que los contenidos “políticos” no aparecieran, no lucieran tan evidentes. Artistas, intelectuales, políticos de izquierda y sindicalistas, las primeras víctimas de la represión nazi en su propio país, dieron voces de alerta, pero no fueron escuchados. Hubo algunas denuncias y llamados a un boicot, sobre todo desde Francia, pero no se concretó.

España decidió no concurrir y organizó la “anti Olimpiada” en Barcelona, durante los días previos a Berlín. Pero el estallido de la Guerra Civil, el 18 de julio, la frenó. La habían denominado “*Semana Popular del Deporte y el Folclore*”, recibieron a seis mil visitantes de veinte países –1.500 de ellos eran franceses– y tenía el respaldo del Gobierno de la República, la Generalitat y el Ayuntamiento de Barcelona. Mientras Pau Casals ensayaba para uno de los conciertos, estalló la sublevación franquista. Muchos de los visitantes se volvieron a sus casas y otros se alistaron en las Brigadas Internacionales. Barcelona, a esa altura, se convirtió en un frente de resistencia en el que combatían (y a veces entre ellos) anarquistas, trotskistas, comunistas, republicanos, nacionalistas catalanes.

Una de las curiosidades en esta historia es que a

Hitler le interesaba muy poco el deporte, y menos aún el olimpismo. La realización de los Juegos no figuraba en sus planes. Pero Berlín había obtenido la sede en 1931 y los nazis se encontraron con la organización en marcha. Fue el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, quien convenció a Hitler para llevarlo adelante. Más que eso, convertirlo en su instrumento: si la inversión de Los Angeles para organizar los Juegos de 1932 llegó a los dos millones de dólares, el gobierno alemán le dedicó 30 millones. Una friolera para la época, no escatimaron gastos: tecnología, recintos de primer nivel para la época, una Villa, un Parque y un Estadio Olímpicos como no se vieron en las cuatro décadas anteriores.

Otra curiosidad es que Buenos Aires estuvo en carrera para organizar esos mismos Juegos. Así lo revela César Torres en su dossier *“Los persistentes esfuerzos de Buenos Aires por ser sede olímpica”* (que llegan hasta la frustrada votación por el 2004). Ya en 1925, Ricardo Aldao —presidente de Gimnasia y Esgrima, también del recién creado Comité Olímpico Argentino y miembro de nuestro país ante el COI— envió una carta de intención. Además, con la promesa de *“construir un estadio para 100 mil espectadores”*. El presidente Marcelo T. de Alvear respaldó a Ricardo Aldao y tenía sus propios vínculos con el COI. Pero el golpe del 30 clausuró la idea y al llegar la votación del COI en 1931 se disiparon varias candidaturas, además de la argentina: Alejandría, Budapest, Dublin, Helsinki, Roma. Alemania había propuesto cuatro ciudades, quedando finalmente Berlín (se retiraron Nürenberg, Frankfurt y Colonia). La “batalla” fue entre Berlín y Barcelona, que tenía el antecedente de la Expo Universal de 1929. Apenas 17 de los miembros del COI concurre-

ron a la sede del COI en Lausana en mayo del 31, la mayoría de los votos llegó por correo y Berlín ganó en forma contundente (43 a 16, con ocho abstenciones).

En realidad, algunos personajes del deporte alemán trabajaban casi desde principios de siglo para obtener la sede. Los nombres principales eran dos: Carl Diem (un participante en los Juegos de 1906) y Theodor Lewald (el presidente del Comité Olímpico nacional). Diem fue, posteriormente, el secretario de Deportes. Tanto él como Lewald tenían familiares judíos y mantuvieron relaciones oscilantes, varias veces conflictivas, con el régimen, pero terminaron siendo claves en la organización deportiva de los Juegos. A ambos se les atribuye, por ejemplo, el invento del ritual —que se mantiene hasta hoy— de la antorcha olímpica: el encendido del fuego en el templo de Hera, en Olimpia, el traslado a la Acrópolis de Atenas y luego, el recorrido hasta la sede. Para ello, aludieron a algún episodio de la mitología griega (el robo del fuego a Zeus por parte de Prometeo), pero era un justificativo al paso, nada tiene que ver todo esto ni con la historia ni con la mitología.

Se salieron con la suya: el 30 de junio de 1936, la antorcha se encendió en Olimpia y fue trasladada hasta la Acrópolis de Atenas. Desde allí recorrió 3.422 kilómetros hasta Berlín, pasando por territorios de Bulgaria, Yugoslavia, Hungría, Austria y Checoslovaquia, antes de llegar para la ceremonia inaugural. Esa misma ceremonia en la que Hitler tuvo que aceptar, por indicación del COI, que no habría lugar para sus extensos discursos, sino para unas formales palabras: “*Yo declaro abiertos los Juegos de la undécima Olimpiada de la era moderna*”. Cuentan que, cuando el presidente del COI, el Conde belga Henri de Baillet-Latour, le

explicó esto, el Führer le comentó irónicamente: “*Conde, me tomaré la molestia de aprenderlo de memoria*”. Fueron esas, finalmente, sus únicas palabras en la tarde de Berlín, con el Zeppelin sobrevolando el estadio y, poco después, Richard Strauss dirigiendo una orquesta y estrenando su Himno Olímpico.

Más allá de las observaciones que podría hacer el COI —al que rápidamente controló, hasta llegaron a proponer al Baron Pierre de Coubertin para el Premio Nobel de la Paz— los alemanes estaban preocupados por la actitud que tendría el Comité Olímpico estadounidense, manejado por Avery Brundage. Este se auto-definía como “un cruzado” por la pureza del deporte amateur. En 1934 viajó a Alemania. Los nazis le prometieron que le darían lugar a unos veinte deportistas judíos en sus selecciones, pero finalmente dejaron sólo uno (la esgrimista Helen Mayer). Brundage se opuso al boicot, argumentaba que “*no debían mezclarse*” la política y el deporte. No opinaba lo mismo su compatriota Ernst Lee Jahncke, otro dirigente olímpico. Tampoco Jeremiah Mahoney, el jefe de la federación atlética (AAU), obligado a renunciar. Entre los que apoyaban a Brundage estaba el secretario del Comité Olímpico (USOC), Frederick Rubien quien expuso este singular argumento: “*Los alemanes no están discriminando a los judíos. Si estos son eliminados, es porque no son los suficientemente buenos atletas*”. Finalmente, no hubo ningún comentario del Presidente Franklin Roosevelt.

Es cierto que durante los Juegos de Invierno, en la ciudad bávara de Garmisch-Partenkirchen, al conde Baillet-Latour le alarmaron los carteles antisemitas en las carreteras o señales como “no permitido a judíos” en la villa olímpica. Reclamó ante el propio Hitler, quien

comentó que “*es un pequeño tema de protocolo*”. Pero retiraron los carteles.

Berlin, 1° de agosto de 1936. Comienzo de los Juegos de la XI era olímpica, 19 deportes, 49 países, 3.963 deportistas, de los cuales apenas 331 eran damas y el resto, hombres. Esa tarde hay muchas alusiones al “espíritu olímpico”, recuerdos de la mitología ateniense y hasta palabras ¡por la paz!. Nada que ver con el mundo que se viene. *L'Equipe*, el diario deportivo francés, escribió: “*Jamás el deporte había sido tan profundamente desfigurado*”.

LA SEMANA MAS EXCITANTE DEL ATLETISMO

Después del vibrante concurso de salto con garrocha en los últimos Juegos Olímpicos, en Rio de Janeiro, el francés y recordman mundial Renaud Lavillenie lamentó –furioso– la pérdida de su medalla de oro a manos del atleta local Thiago Braz da Silva. Y disparó un tuit, comparando al público del estadio carioca, que tanto lo había perjudicado, “*con los nazis que abucheaban a Jesse Owens*”. Enseguida, arrepentido, lo borró.

En realidad, Lavillenie se equivocó. Las multitudes que concurrieron al Estadio Olímpico de Berlín para las pruebas atléticas de los Juegos del 36 podían estar –en gran parte– fanatizadas por Hitler, pero no abuchearon a Owens. Lo trataron aceptablemente, incluso muchos lo admiraron. Lavillenie debió recurrir a otro recuerdo que se dio justamente en su especialidad, el salto con garrocha. Sucedió durante los Juegos de Moscú, en 1980, cuando el público silbó los saltos del gran rival de los soviéticos, el polaco Wladislaw Kozakiewicz. Este les respondió conquistando la medalla de oro, con el plus del récord mundial. Y para despedirse, se dirigió a las tribunas... con un corte de mangas. En el reportaje con John Hendershot, Owens –que se dolía más por el

trato recibido en su país que en los Juegos— precisó: *“Sabíamos que en Alemania había discriminación racial, pero nunca leímos que nos llamaran ‘animales’ o algo así. El público, en el estadio, fue tremendo, nos ovacionaba. Nos vieron como atletas y no como negros”*.

La atmósfera del sábado 1° de julio de 1936 en Berlín era una combinación entre el espíritu olímpico de miles de deportistas llegados de todo el mundo y la parafernalia propagandística nazi. Los actos empezaron junto a la Puerta de Brandenburgo, con la suelta de 100 mil palomas y el desfile de la Wehrmacht. Hitler se asomó al balcón de la Cancillería para saludar a la multitud, pero el discurso lo dio su escudero Goebbels: *“La juventud ha venido para decirle al mundo que el alma, el cuerpo y la mente se animan con nueva vida”*. A su lado estaba el presidente del COI, Baillet-Latour, pero otros directivos del olimpismo se alejaron prudentemente. Entre ellos, Pierre de Coubertin, quien se quedó en Lausana y murió al año siguiente.

El diario *La Nación* destinó cuatro periodistas a la cobertura olímpica. La crónica de Javier Yndart sobre la fiesta inaugural en el Estadio demuestra entusiasmo: *“En espíritu y materia, Alemania se volcó al mundo. Parece hoy como si la mística del nacional-socialismo ha dado paso al movimiento olímpico”*. El resto, va por términos similares:

“Apoteosis”

“Manifestación olímpica tan excepcional que, quien sabe, si podrá ser igualada”

“Donde hay una cruz gamada, también están los aros olímpicos: Alemania bajo los dos símbolos”.

“A las 15.55 cuando ingresa el Führer, seguido por un numeroso séquito, es pleamar del entusiasmo”.

“Las bandas de música ejecutan el Himno Nacional y el Horst Wessel. Las 100 mil personas en el Estadio se ponen en pie, como un solo hombre”

La delegación argentina desfila con Juan Carlos Zabala como abanderado, aunque al día siguiente debía correr los 10 mil metros. Jeanette Campbell, dama solitaria, cierra la formación.

Fue aquella tarde en que comenzó, para el movimiento olímpico, la ceremonia de la antorcha, traída desde Grecia. *“Es para hacer comprender que el deber de la juventud es tomar la fuerza y el espíritu de sus antepasados y transmitirlo a las generaciones siguientes”*, escribió Carl Diem en sus memorias. El atleta Erich von Schilgen ingresó al Estadio portando la antorcha y la multitud vociferó *“Deutschland Uber Alles”*.

El Führer declara abierto los Juegos Olímpicos. Todo esto hoy nos suena a bochorno y, de hecho y a la distancia, queda como uno de los episodios más vergonzosos en la historia del deporte. El mismo genocida recibe una rama de olivo, traída desde Olimpia nada menos que por el legendario corredor griego Spyridon Louie, el ganador del primer maratón olímpico en 1896. Robert Yamar le toma el juramento olímpico a los miles de deportistas y a las 17.35 se escucha el *Aleluya* de Häendel. *“El estadio se vacía lentamente. Arriba, nerviosas, las golondrinas siguen haciendo del cielo un espacio celeste”* se despide Yndart.

Domingo 2

Zabala no puede con los fondistas fineses y termina sexto en la carrera de los 10 mil metros, donde marca 31m.22s.08. Estos fineses copan el podio, con Ilmari Salminen campeón (30m15s4, dos décimas por

delante de Arvo Askila y el interminable Volmari Iso-Hollo tercero en 30m20s2). Para un campeón como Zabala, un sexto puesto le sabe a poco. Pero lo cierto es que nunca un argentino llegó –ni llegaría– tan alto en esa distancia. *“Hubiera querido hacerlo mejor, pero sin ser especialista, el sexto puesto me deja satisfecho. Para mí fue un mero entrenamiento. Además, me encerraron en los primeros cinco kilómetros y perdí demasiada distancia para recuperarme. No estoy desmoralizado. Me siento muy bien preparado para el maratón”*, comenta. Su técnico, Lambert, murmura: *“Hay algo en Zabala que no anda”*.

Ese mismo domingo, Juan Carlos Anderson gana su serie de los 800 metros llanos con 1m55s1, accediendo a las semifinales.

Y nuestros velocistas entran en acción, con la primera ronda de los 100 metros, donde se realizaron doce series. Ninguno pasó a los cuartos de final: Antonio Sande llega cuarto en la serie 2 con 11s.3, ganada por el holandés y campeón europeo Christiaan Berger (10s.8). En la serie 6, Clifford Beswick queda tercero con 10s9. Y finalmente debuta Antonio Fondevila, tercero en la serie 9 con 11s., detrás del estadounidense Wykoff (10s.6) y del británico Arthur Sweeney (10s9), campeón en los Juegos de la Comunidad Británica. El comentario de *La Nación*: *“Ni a Fondevila ni a Beswick les acompañó la suerte. En otras series, con sus marcas, hubieran pasado a los cuartos de final”*.

Pero fue justamente en esa primera ronda donde Owens empezaba a mostrar quien sería el héroe de los Juegos Olímpicos. Cerró la ronda ganando la serie 12 con 10s.3, igualando el récord olímpico. El segundo tiempo más veloz de esta fase inicial fue para el holan-

dés Osendorp (10s.5 en la serie 10).

Horas más tarde, las carreras de cuartos de final, ya sin argentinos, se realizaron con viento a favor y la novedad fue la eliminación de Berger. Owens repetía sus 10s.3, aunque esa vez no podían homologarse.

Lunes 3

Juan Carlos Anderson da un paso muy valioso y, con una marca de 1m.54s.8 llega tercero en su semifinal de los 800 metros, asegurándose un puesto en la carrera decisiva. Algo que no volvería a ocurrir con ningún mediofondista argentino en la historia.

También es el turno del debut para Juan Lavenás en los 400 metros con vallas: termina segundo en su serie con 54s.5, estableciendo un nuevo récord nacional. *“La vigorosa figura el vallista argentino Juan Lavenás se agrandó en su imponente final de la serie”* indica la crónica de *La Nación*. Y un detalle al paso: *“El señor Hitler llegó a las 15, ocupó un lugar en la tribuna reservada y fue saludado con prolongadas aclamaciones”*.

Las semifinales de los 100 llanos también se desarrollaron con viento a favor y nuevamente Owens fue el más rápido (10s.4), limitándose a clasificar y a observar a sus rivales, entre los que estaba Metcalfe (ganador de la otra serie con 10s.5). Ambos velocistas de raza negra, y Wykoff (el “superviviente” del 28) componen el trío USA que enfrenta a tres europeos en la carrera decisiva. El público ruge por su crédito Erich *“Erka”* Borchmeyer, subcampeón europeo de 1934. Pero a sus 31 años, no parece ahora con posibilidades de podio. Cuando el largador alemán Franz Miller dio la orden (*“Auf die Plaetze”*), los seis finalistas se alinearon. Y contrariamente a su costumbre, Owens tuvo una salida perfecta, desde allí

marcó diferencias, ganó con 10s.3, que no se homologaron por el viento a favor de 2,7 m. por segundo. Metcalfe remontó en la segunda mitad de la prueba con su habitual potencia para terminar a un metro, cronometrado con 10s.4, una décima por delante del holandés Martinus Osendarp. Wykoff clasificó cuarto con 10s.6, Borchmeyer quinto con 10s.7 y cerró el sueco Lennart Strandberg con 10s.9, lesionado en los últimos metros.

A la hora de los premios, Hitler ya se había marchado. Algunos diarios alemanes aludían a los atletas negros como “auxiliares africanos” de la delegación estadounidense. La crónica escrita por Paul Gallico en el *New York Daily News* consigna: *“Hubo aplausos para Owens en la plataforma de la victoria, pero aún más cálidos cuando se anunció a Osendarp, el holandés, quien había quedado tercero”*.

Martes 4

Termina la aventura para Anderson, séptimo en la carrera final de los 800 metros, donde el oro es de Estados Unidos con otro atleta negro: John Woodruf.

También, y por muy poco, concluye la aventura de los 400 metros vallas para Lavenás, quien repite su récord de 54.5 y queda quinto en su semifinal. *“Muy destacado, dado su escaso tiempo en esta disciplina”* elogia *La Nación*.

Owens sigue haciendo de las suyas, ahora con el salto en largo y las eliminatorias de los 200 metros, que ofrecen una nueva oportunidad a nuestros velocistas.

La serie 1 fue ganada por el holandés Wijnand van Beveren en 21s.4 y Beswick le escoltó con 22s.1, que le dieron el pasaporte a la ronda siguiente. A Owens le tocó la serie 3 y fijó allí otro récord olímpico

con 21s.1, pese a que –apenas quince minutos antes– había protagonizado una tensa clasificación del salto en largo. Fondevila participó en la serie 6 y se lesionó, apenas pudo completar el recorrido. Esto le generaba un problema adicional a nuestro equipo: su salida de los relevos. *“Pocos metros antes de la final, sufrió una distensión muscular”* indica el informe del COA. Hofmeister, en su debut olímpico, marcó 22s.3 y quedó tercero en la serie 8 –ganada por el estadounidense Robinson con 21.7– acompañando así a Beswick hasta los cuartos de final, disputados horas más tarde.

Las planillas señalan que esos cuartos de final se corrieron con fuerte viento a favor, invalidando todas las marcas, como los 21s.1 que repitió Owens para ganar la serie 3. Ni Beswick ni Hofmeister –sextos en las series 1 y 2 respectivamente– pudieron escalar a semifinales. Y Owens, en tanto, tenía otra preocupación: en menos de una hora tenía que afrontar la final del salto en largo.

Esa prueba de salto –que marcaría otro de los momentos estelares de Berlín 36– era la oportunidad alemana para contener a Owens. Ya la fase de clasificación, durante la mañana, fue dramática. A pesar de que el registro para llegar a la final era sencillo para él (7,15 metros, cuando su récord mundial estaba casi un metro por delante) cometió nulo en su primer intento. En realidad, pensó que todavía estaba precalentando, con el buzo puesto, pisó la tabla de pique sin preocupación: y los jueces le anotaron el salto como “nulo”. Nervioso, Owens hizo el segundo, otra vez nulo. Le quedaba apenas un intento para clasificar, con todo el riesgo que eso supone. Allí el crédito local, Lutz Long se le habría acercado. *“Eres capaz de clasificarte con los ojos cerrados,*

sólo debes retrasar tu pie de talonamiento”, le aconsejó. Owens saltó 7,155 metros, apenas medio centímetro más de lo necesario.

La final, en la misma tarde, también estuvo repleta de tensión, con el Estadio en vilo. Long saltó 7,54 en su primer intento, pero Owens lo superó con 7,75. El alemán exhibió una molestia en una pierna y Owens, en devolución de gentilezas, le cedió su recipiente de linimento. En el segundo turno, Long aterrizó a 7,75, pero Owens volvió a superarlo con 7.87. El alemán apremió en el tercero y por un rato, el resultado no se alteraba. Pero en el quinto salto, Lutz Long llegó a 7.87, que igualaba el registro de Owens y le daba momentáneamente el triunfo (por mejor segundo intento). En aquel momento, Long saludó a las autoridades alemanas –Hitler entre ellas– con su brazo en alto y la cabeza gacha. Su alegría duró poco, ya que Owens replicó con 7.94. Quedaba un último intento, donde Lutz Long se jugó la vida: nulo. Y Owens se extendió hasta 8,06 metros, una marca que –en aquella época– era la segunda de la historia (la primera también le pertenecía a él, se trataba del récord de 8.13 conseguido el “Día de los Días” en Ann Arbor).

Owens y Long se abrazaron ante los aplausos de la multitud. Long murió el 14 de julio de 1943 en la Segunda Guerra Mundial, mientras combatía en el frente italiano de San Pietro. La amistad con Owens fue eterna. Acabada la Guerra, el supercampeón viajó a Alemania, conoció a Kai, el hijo de su bravo rival y le ayudó económicamente para terminar sus estudios. Y mucho después, en 1964, Owens volvió al Estadio por la filmación del documental de Bruce Greenspan (“*Jesse Owens Return to Berlin*”). Allí Owens le cuenta a Kai su

versión de esa historia.

Periodistas como Tom Ecker (autor de *“Hechos y Fábulas Olímpicas”*) y Grantland Rice (quien siguió con sus binoculares a Owens durante la competición de salto en largo) creen que hubo mucho de fantasía en todo esto. Rice sostiene que Owens y Lutz no hablaron en ningún momento durante la competencia. *“En 1965 entrevistamos al propio Owens y nos admitió que él no habló con Lutz hasta que terminó la prueba. Pero que había contado esta versión, porque era el tipo historias que a la gente le gusta escuchar”*, afirman.

Miércoles 5

Otra buena participación de Lavenás, quien quedó segundo en su serie de los 110 metros con vallas en 15s.1 y, posteriormente, sexto en la semifinal con 15s.6. Allí vio como Forrest Towns, también estadounidense, fijaba el récord olímpico en 14s1 para, más tarde, llevarse la medalla de oro con una décima más.

Las semifinales de los 200 llanos volvieron a correrse con fuerte viento a favor y prefiguraron el destino de la prueba con los norteamericanos adelante: Robinson 21s.1 en la primera, Owens 21s.3 en la segunda. Y la novedad, la eliminación de Bobby Packard (21s.6), el hombre que completaba el trío USA, al quedar cuarto en la carrera ganada por Robinson.

La prueba decisiva se corrió a las 18, con una temperatura de 13°, un estadio colmado y un viento a favor que soplaba sobre el límite del reglamento: 2 m. por segundo. Enric Plá escribió: *“Para muchos observadores, esta final fue la obra maestra de la sinfonía que Jesse Owens desarrolló en su semana de leyenda en Berlín. En una tarde fresca y con amenaza de tor-*

menta preparó sus agujeros en la calle 3, con los dos holandeses a su espalda, pero dominando al resto de sus rivales. Y aureolado de las medallas de los 100 metros y la Longitud y convertido en ídolo de la mayoría de los espectadores, el de Alabama realizó una carrera perfecta bajo la ligerísima llovizna que empezaba a caer en el estadio. A la salida de la curva, ya llevaba casi 2 metros a sus rivales y cruzó la línea con 4 metros de ventaja sobre Robinson, pese a que éste corrió en el tiempo de récord olímpico. Tinus Osendarp fue tercero, a seis décimas del campeón, y el resto de rivales le concedieron casi 10 metros”.

Owens marcó 20s.7 segundos, que significaban el récord mundial para los 200 metros con primer tramo en curva (aunque había un antecedente de James Carlton con 20s6 y la IAAF todavía no homologaba las carreras de ese tipo). Robinson marcó 21s.1, Osendarp 21s.3 para sumar su segunda medalla de bronce. Completaron el suizo Paul Hänni con 21s6, el canadiense Lee Orr (19 años) con 21s.6 y el otro holandés, van Beveren, con 21s.9. Nadie volvería a correr tan rápido los 200 llanos como Owens hasta principios de la década del 50.

Jueves 6

Los velocistas argentinos tienen que preparar la posta, con la alternativa de Lavenás por el lastimado Fondevila. Anderson compite sobre 400 metros llanos, su especialidad hasta el año anterior, y lo hace con éxito: atraviesa las series con 49s.4 y los cuartos de final con 48s.7, accediendo a semifinales. Otras preocupaciones iban por el lado de los maratonistas. Zabala, desde su concentración en Wittenberg, le asegura a *La Nación*:

“*Me siento mejor que en Los Angeles*”. Luis Oliva, con una lesión en el talón, parecía descartado. “*Fueron 16 meses de preparación, los últimos tres en Alemania para aclimatarse... y no sirvió de nada, creo que no puede correr*”, revela Stirling. Pero horas más tarde, Zabala y Oliva acuden a la revisión médica en la Casa Hindenburg. Y Oliva asegura que participará. Faltan tres días.

Viernes 7

Despedida para Anderson, quinto en su semifinal de los 400 metros con 48.5. El campeón de la especialidad fue otro de los atletas negros de Estados Unidos, aquellos a los que algunos despreciaban como “auxiliares africanos”: Archie Williams.

Sábado 8

Llega la hora del relevo 4x100, tan esperada por el equipo argentino. Estados Unidos forma a sus cuatro hombres más rápidos de los Trials: Jesse Owens, Ralph Metcalfe, Foy Draper y Frank Wykoff. Y así ganan la primera serie con 40 segundos exactos, igualando el récord del mundo. Italia —que había reservado a todos sus velocistas para esta competición, sin desgastarlos en las carreras individuales— logra la otra plaza de finalista con 41s.1, quedando eliminada Sudáfrica con 41s.7. La serie 2 es para el fuerte equipo holandés con 41s.3 y la Argentina se ubica a seis décimas, superando por una a Hungría y consiguiendo su plaza entre los finalistas. Otro de los equipos fuertes, el británico, también queda marginado, cuarto con 42s.4. La última serie clasifica a los alemanes (41s.4) y canadienses (41s.5).

Comentario de *La Nación*: “*El equipo ha tenido*

una gran carrera llegando en pos de Holanda. La ausencia de Fondevila como start, quien permite lograr rápidas ventajas, afectó la moral y capacidad técnica del cuarteto. Pero Lavenás lo sustituyó con notable voluntad y el tiempo de 41s.9 es reconfortante. Luego, corrieron Sande, Hofmeister y el tramo final Beswick, cuya acción enérgica lo confirmó como el mejor velocista argentino en estos Juegos”.

Domingo 9

La mayor atención de los periodistas argentinos se concentra sobre el maratón, pero ni Zabala y Oliva pueden completarla. “*El Ñandú*” le dice adiós a su defensa del oro olímpico, exhausto antes de los 30 kilómetros, tras un ritmo enloquecedor en los primeros tramos. Oliva, tal como le sucediera en Los Angeles, es perseguido por las lesiones. El nuevo campeón y el medallista de bronce representaban a Japón pero, en realidad, eran coreanos: Kee-CHung Son (llamado allí Kitei Son) y Seung-Yon Man (Sjory Nan) respectivamente. Su patria había sido ocupada por los invasores japoneses, otros de los que anticipaban la ola bélica. Entre ellos se metió el británico Ernest Harper, segundo.

Y de retorno al Estadio, el privilegio de ver –por única vez en la historia– a un relevo argentino peleando por una medalla en una final olímpica. No se dio tal circunstancia: el equipo no pudo desafiar a los que estaban en zona de privilegio y tampoco pudo repetir su tiempo del día anterior (marcó 42s.2). Pero visto a la distancia, el cuarto puesto resulta impresionante. Jamás se dio, ni se daría, con un relevo atlético argentino en el olimpismo.

Lavenás, Sande, Hofmeister y Beswick también

fueron partícipes de un momento histórico para su deporte, ya que por primera vez se bajaron los 40 segundos en esta prueba. Owens, Metcalfe, Draper y Wykoff completaron la vuelta a la pista en 39s.8, un récord que permaneció dos décadas en las listas. Y, de paso, contribuyeron a la cuarta dorada del *Antílope de Ebano*. Tendría que pasar casi medio siglo –hasta los Angeles 1984– cuando otro hombre surgido de las entrañas de Alabama y que se inspiró en Jesse Owens, a quien conoció en su niñez, repetiría semejante hazaña: cuatrooros olímpicos (100, 200, largo y relevos) en los mismos Juegos. Se trataba de Carl Lewis.

Los italianos (Otavio Marini, Gianni Caldana, Elio Ragni y Tullio Gunnelli) habían acertado con su decisión de reservarse para el relevo –poco tenían que hacer en las individuales– y lograron la medalla de plata con 41s1. Y el bronce fue para los alemanes (Wilhelm Leichum, Eric Borchmeyer, Erwin Gillmeister y Gerhard Hornbeger) con una décima más. En realidad, con el mismo tiempo y con una mínima luz sobre los locales, había terminado el poderoso conjunto holandés. Pero lo descalificaron por la caída de testimonio que sufrió su mayor crédito, Tinus Osendarp. Canadá, quinto con 42s7, completó esa histórica prueba.

El informe del Dr. José Reggi, quien además de ser el médico de la delegación argentina era el jefe de equipo en atletismo, señala: *“Es realmente contradictoria la actuación de nuestros especialistas en 100 y 200 metros si se comparan sus rendimientos individuales y, más tarde, en equipo. En individuales estuvieron realmente por debajo de sus tiempos en Buenos Aires y de los controles en Berlín. Pero son jóvenes sin experiencia en competencias internacionales, habituados*

por el contrario, a correr frente a escaso público. De pronto, se vieron ante un concurso de público extraordinario y con los mejores especialistas del mundo”. Explica: “Un factor de suma importancia en carreras que exigen al máximo el control del sistema nervioso”. También alude al sistema de llamada “Completamente diferente al nuestro” y a la “prolongada espera. Los dejó sin capacidad de reacción. Cuando llegó el momento de hacer los pozos, estaban como si ya hubieran corrido, tal era el desgaste”. Pero concluye: “La prueba de todo esto es la actuación en la posta 4x100 donde, más tranquilos y ya habituados al ambiente, tuvieron una brillante clasificación final”. Y cierra: “No puedo menos que declarar con orgullo que el equipo de atletismo a mi cargo constituyó durante toda la gira un modelo de disciplina y contracción al trabajo”.

Roberto Quercetani, en tanto, escribió medio siglo más tarde para *La Gazzetta dello Sport* en el aniversario: “*Aquella semana de Owens en Berlin fue, seguramente, la más excitante de la historia atlética*”. Las marcas que Owens registró en Berlin le hubieran alcanzado para llegar al podio de velocidad hasta los Juegos Olímpicos de Tokio, en 1964. Y la de salto en largo, hasta en México (1968), justamente cuando Bob Beamon estableció su fabuloso récord de 8,90 metros.

CONTROVERSIAS

Existen dos temas controversiales sobre la gesta de Owens en Berlín. El primero se refiere a la actitud que habría tenido Hitler. Y el otro, a la exclusión de los velocistas judíos para el relevo 4x100. En ambos casos, entre el tiempo y las versiones –algunas transformadas en leyenda- desvirtuaron mucho de lo realmente ocurrido. Por utilizar un término de moda como “la construcción del relato”, éste terminó por instalar que el Führer, enfurecido al ver ganar a un velocista de raza negra, y encima aclamado por público, abandonó precipitadamente su palco de honor, sin saludarlo, algo que sí había hecho con otros atletas.

No fue exactamente así y no hay ningún testimonio de la época, ni siquiera de los acólitos de Hitler, que indiquen si éste se preocupó, o no, por el ganador de las carreras de velocidad.

Owens, quien a lo largo de su vida fue consultado en múltiples oportunidades sobre el tema, siempre lo negó: “*Se ha escrito, pero no es cierto*”. A Owens, en realidad, le dolió más la indiferencia de las autoridades de su país que lo que pensaban los nazis en ese momento. Esto escribió: “*Cuando pasé después de*

una carrera, el Canciller se levantó, me saludó con la mano y yo le devolví la señal. Pienso que lo reporteros tuvieron mal gusto al criticar al hombre del momento en Alemania. Sin embargo, cuando volví a mi país natal, después de todas las historias sobre Hitler, no pude viajar en la parte delantera del autobús. No podía vivir donde quería. No fui invitado a estrechar la mano de Hitler, pero tampoco fui invitado a la Casa Blanca a dar la mano a mi Presidente”.

Algunos defensores de Hitler –tal vez queda alguno– sostienen que éste preparó una fastuosa recepción para todos los medallistas y que allí hasta habría saludado a Owens. *“Se ha escrito, pero esto no es cierto, nunca estuve cerca de Hitler”*, contó Owens. No existe, tampoco, ninguna imagen de ese presunto encuentro.

Sven Ekstrom, el periodista sueco a quien ya mencionamos y que cubrió los Juegos de Berlín, además de entrevistar varias veces a Owens, escribió para la *Revista Olímpica*: *“Teniendo en cuenta los acontecimientos que se produjeron en el mundo entre 1939 y 1945, se puede decir que (quienes hablan así) subestiman por una parte a Hitler y por otra, a Owens. Mi entrevista más larga con Owens tuvo lugar en Montreal, en 1976, a los que asistió como invitado de honor. Cuando volví a preguntarle cuáles habían sido sus relaciones con Hitler, Owens me respondió con una sonrisa un poco amarga: ‘Muchas veces los demás –sobre todo vosotros que estáis en la tribuna de prensa– sabéis más que nosotros, los deportistas. Ignoro cuales fueron la relaciones con Hitler durante los Juegos. Que yo recuerde, jamás me dio la mano. Estaba tan concentrado en la competición que nunca me di cuenta si Hitler estaba, o no, en el Estadio”.* Un año antes, le res-

pondió prácticamente lo mismo a la revista inglesa *Sportworld*: “No fui a Berlín a darle la mano a Hitler. Fui para competir”. En cambio, siempre resaltaba a Lutz Long y su relación fraterna: “Uno de mis mejores recuerdos de Berlín es la amistad de un compañero de competición que me ayudó a ganar, sin pensar en él”.

En la misma entrevista con Ekstrom, Owens sostiene que no había sentido aquellos Juegos como “una enorme maquinaria de propaganda nazi”. Pero, después “y en tono patético”, admite que lo comprendió: “Como ya he dicho, para mí lo más importante era correr y ganar. Sin embargo, más tarde me di cuenta que esos Juegos marcaron el comienzo de una campaña de propaganda. Hitler, alucinado, empezó a soñar con dominar el mundo y reinar por medio de una tiranía”.

Lo cierto es que Hitler sí se había retirado del palco el domingo 2 de agosto, tras saludar a un par de campeones como el local Hans Wöhlke (lanzamiento de bala) y el finés Salminen (10 mil metros), sin hacerlo con el ganador del salto en alto, el estadounidense de raza negra Cornelius Johnson. Pero se fue por cuestiones de rutina, por sus asuntos, acaso pergeñando una de sus tantas maldades. Poco después, le llegó una nota del presidente del COI, Baillet-Latour, quien le avisaba sobre los protocolos olímpicos. Y sugería: “si saludaba a uno, tenía que saludar a todos”. Era demasiado, así que no saludó a ninguno más, aunque concurreó casi todas las tardes al Estadio o a otros recintos de los Juegos.

LA EXCLUSION DE LOS VELOCISTAS JUDIOS

Otro punto polémico alrededor de Owens se dio con el relevo 4x100, aquel que finalmente significó su cuarta medalla de oro y donde, como vimos, también cumplió un destacado papel el equipo argentino. Los testimonios difieren y, probablemente, se trate de una discusión sin saldar: ¿Marty Glickman y Sam Stoller fueron excluidos del relevo por su condición de judíos y por presión de los nazis?

A principios de los años 80, el destacado documentalista Bud Greenspan tituló su artículo para *The New York Times*: “*La medalla que Owens no iba a ganar*”. Al parecer, ni Owens ni Metcalfe —el campeón y el subcampeón individual de los 100 metros— estaban incluidos en la posta, dado el desgaste físico que habían sufrido durante la semana.

Greenspan entrevistó a todos los velocistas. Este fue el testimonio de Glickman: “*Pensaba que en la posta correríamos Sammy Stoller, Foy Draper y yo, y que el otro hombre seguramente sería Wikoff por su experiencia*”. Un cable de la agencia AP, que publicó esa semana *The New York Times* anticipaba que esa era la formación.

En los 100 metros llanos de los Trials de Estados Unidos, recordamos, Wykoff terminó llegó tercero, Draper cuarto, Glickman quinto y Stoller, sexto. Pero estos tres no habían tenido participación individual en los Juegos de Berlín y llegarían frescos al relevo. Ya en los Juegos de 1932, en Los Angeles, la posta 4x100 no incluyó ni a Tolan ni a Metcalfe, primero y segundo respectivamente de la prueba individual.

En la mañana del viernes 7 de agosto, pocas horas antes de la clasificación de la posta, todos los velocistas fueron convocados por el jefe de entrenadores, Lawson Robertson, y su asistente, Dean Cromwell quien, a la vez, era el head-coach del equipo atlético de la Universidad del Sur de California, donde estaban Wykoff y Draper. *“Robertson –contó Glickman- nos anunció que, como Alemania se había preparado especialmente con sus mejores hombres para el relevo, Owens y Metcalfe nos iban a reemplazar a Sammy (Stoller) a mí. Quedé shockeado”.*

Al parecer, Owens intercedió por ambos: *“Coach, ya tengo tres medallas de oro, deja que Sammy y Marty puedan correr”*, pero le ordenaron callar. Greenspan recuerda que *“Owens, poco antes de morir, me contó que él se sintió terrible por esa situación, por sus amigos”*. Glickman comentó: *“Jesse estuvo magnífico en su actitud, pero los dos entrenadores no lo aceptaron”*. Fue más cauteloso sobre la actitud de Metcalfe, quien habría permanecido callado durante la tensa reunión: *“Tal vez, él deseaba su medalla de oro, que nunca había ganado”*. Cuando Metcalfe leyó esa declaración, se ofendió: *“No fue así. Para mí fue una situación terrible. A Marty y Sammy los dejaron afuera por ser judíos”*.

Wykoff, quien en cualquiera de las combinacio-

nes tenía su lugar asegurado dada su experiencia y capacidad para los relevos, comentó: *“Durante la semana no habíamos trabajado con Jesse (Owens) y Ralf (Metcalfe) porque estaban concentrados en sus pruebas individuales. Pienso que con Glickman y Stoller hubiéramos corrido el relevo igual o aún más rápido”*.

Glickman siempre acusó del presidente del Comité Olímpico de su país, Avery Brundage (luego titular del COI entre 1952 y 1972) y al coach asistente Cromwell por aquella decisión: *“Eran simpatizantes nazis, miembros del America First Committee”*. La versión de que Brundage presionó para excluir a los velocistas judíos permaneció por siempre; en cambio, no hay ninguna fuente que haya hablado de “sugerencias” de los propios nazis alemanes. Glickman le contó a Greenspan: *“Vi las carreras desde la tribuna, todavía tengo el sentimiento de frustración. Cuando escuchaba el Himno y veía a mis compañeros en el podio, sentía que yo debía estar ahí”*.

Brundage negó cualquier participación en el tema. Y hasta lo escribió en su informe oficial: *“Leí un reporte donde se dice que dos atletas fueron excluidos por motivos religiosos. Ese reporte es absurdo”*. El coach Robertson afirmó que *“fue una decisión exclusivamente deportiva, debíamos colocar el mejor equipo posible”*. Sin embargo, no procedieron igual con el relevo largo, de 4x400 metros, donde excluyeron al campeón, Archie Williams, y al medallista de bronce, James LuValle, quedando entonces con la medalla de plata, lejos de la cuarteta británica.

Glickman, por aquella época, era un joven atleta y estudiante de la Universidad de Syracuse, luego se destacó como periodista deportivo, marcando época

con sus transmisiones de básquet, béisbol y fútbol americano. Neoyorquino típico –nació en el Bronx, se educó en Brooklyn– cumplía 19 años el día que terminaban los Juegos. Su compañero Stoller, por su parte, nunca se refirió al “antisemitismo”, pero sí calificó al episodio como *“el más humillante de mi vida”*. Figura atlética de la Universidad de Michigan, destacado velocista y habitual rival de Owens, Stoller alcanzó su mejor nivel al año siguiente, dominando las principales competencias de su país. Ya no habría más oportunidades olímpicas para él ni para Glickman, debido a la Segunda Guerra Mundial. Stoller hizo carrera como actor y, finalmente, ambos recibieron los reconocimientos del comité olímpico nacional (el USOC) con una plaqueta que incluía una medalla. Stoller murió en 1985 en Fort Lauderdale, Glickman en 2001. Hace pocos años, cuando miles de deportistas judíos acudieron a Berlín para celebrar los Juegos de las Macabeadas, el recuerdo y el homenaje para la dupla de velocistas estuvo en primera línea: Nancy, la hija de Glickman, y Steven, sobrino de Stoller, llevaron la antorcha en la ceremonia inaugural.

NO FUE EL UNICO

Los nazis probablemente estaban satisfechos por el efecto propagandístico que provocaban “sus” Juegos y menos preocupados por sus resultados técnicos. Igual, a la hora del recuento final y por única vez, Alemania quedó al frente del medallero entre los 19 deportes que abarcaba el programa olímpico.

Si los triunfos de los atletas de raza negra con la divisa USA podían ser un disgusto para ellos –y se cuidaron de manifestarlo en ese momento– en otros escenarios también sintieron algunas derrotas. Una de las más dolorosas fue la eliminación de su selección de fútbol ante Noruega por los cuartos de final. En el palco del Postadion de Berlin estaban Hitler, Goering, Goebbels y Hess, pero no fue estímulo para sus jugadores, sorpresivamente vencidos por 2 a 0. En esa misma ronda se produjo uno de los mayores escándalos de los Juegos, con el partido que Perú le había ganado a Austria por 4-2 en suplementario, y que después la organización ordenó repetir por distintas anomalías. Los peruanos, por supuesto, se negaron y todo derivó en un conflicto diplomático, inclusive, con manifestaciones en Lima frente a la embajada alemana. Perú re-

tiró a todos sus deportistas de los Juegos.

Al final, el título del fútbol quedó para el equipo más poderoso de la época y cuyo régimen político de entonces poco tenía que envidiarle a la crueldad nazi: Italia. Al revés, era su fiel aliado. Bajo el DT Vittorio Pozzo, Italia contaba con un equipo dominante como lo probó con sus títulos mundiales del 34 y 38.

Otro de los tragos amargos para el régimen se dio en las aguas del lago Langer See, en las afueras de Berlín. Los alemanes venían arrasando en las competencias de remo y, para la jornada final del 14 de agosto, esperaban coronarlo con el clásico de los clásicos: el ocho con timonel. Hasta allí llegaron Hitler y su séquito, y se calcula que a lo largo del recorrido había más de 70 mil espectadores. Los alemanes, sin embargo, fueron vencidos por el equipo estadounidense, provenientes en su mayoría del Estado de Washington y cuya formación incluía a Bobby Moch, de familia judía. Los alemanes terminaron terceros, superados también por Italia. La extraordinaria historia de los remeros norteamericanos, que desafiaron todas las adversidades imaginables hasta llegar a aquella jornada, fue narrada en la magnífica novela de Daniel James Brown, *“Remando como un solo hombre”*. *“Las circunstancias de este evento son asombrosas, no solo por el triunfo político, sino también por las historias de sus protagonistas, admirablemente narradas por Brown”*, elogió Alberto Manguel, director de nuestra Biblioteca Nacional.

Aunque la paranoia antisemita de los nazis ya estaba en marcha desde mucho antes, y tomaría virulencia después de los Juegos, aceptaron que una deportista de familia judía integrara la selección alemana. Era una esgrimista famosa en su tiempo, Helen Mayer, quien

había ganado la medalla de oro en florete con apenas 17 años en los Juegos de Amsterdam, en 1928, además de lograr un quinto puesto en los Juegos de Los Angeles 1932 y dos títulos mundiales. Mayer también era una notable estudiante, con diplomas de Derecho Internacional en La Sorbona. Cuando los nazis tomaron el poder, Mayer emigró a California junto a su familia. Finalmente, en medio de distintas presiones internacionales, sobre ella y sobre el Comité Olímpico germano, aceptó participar en Berlín y obtuvo la medalla de plata: lo increíble, hoy, es ver su foto en el podio, haciendo el saludo nazi con el brazo extendido, mientras asciende la bandera con la esvástica. La vencedora, la húngara Ilona Elek también era judía... Todo esto le sirvió de muy poco a Helena Mayer, quien debió exiliarse definitivamente. La familia de su padre terminó sus días en un campo de concentración. Como millones.

Otra de las historias penosas fue rescatada hace poco por Ezequiel Fernández Moores en su columna de *La Nación*. Se refiere a la participación en los Juegos del laureado luchador Werner Seelebinder:

“Cuando en 1993 ganó el campeonato alemán y sonó el himno nazi, él fue el único del podio que rechazó saludar con el brazo erguido. A los ocho días le cayó la Gestapo. Hijo de un albañil desocupado, Seelebinder, portero en un hotel de lujo, carpintero luego, pasó a ser un ícono en clubes de lucha, le apoyaban. El régimen le permitió volver a competir a escasos meses de los Juegos. Seelebinder quería boicotear la cita, pero sus compañeros del grupo comunista Uhrig lo convencieron de que sería mejor estar, ganar y aprovechar el podio para denunciar a Hitler. El plan incluía escapar de inmediato con ayuda de atletas suecos. Seelebinder ganó la clasi-

ficación y –descartadas otras opciones– pensó que su gesto en el podio sería no hacer el saludo nazi. Pero perdió una semifinal dramática y ni siquiera tuvo podio. Volvió a ser campeón alemán en 1940 y 1941, siguió colaborando como correo del Grupo Uhrig. Los nazis lo arrestaron y torturaron en 1942 pasó por nueve campos de concentración. El 24 de octubre de 1944 fue decapitado con un hacha en la prisión de Brandenburgo”. Antes, el fiscal había señalado: “Miren esta cabeza, este es el enemigo público número 1”.

CELEBRACION, OLVIDO, REGRESO

“Las batallas no son únicamente por ganar una medalla de oro. Las batallas dentro de uno mismo –invisibles, inevitables– son las que realmente cuentan”. Jesse Owens

En aquellos momentos, Owens ya se había marchado de Berlín. Junto al equipo atlético de Estados Unidos participó en varias competencias del circuiito europeo post-olímpico. El 10 de agosto, en la vecina Colonia, quedó segundo sobre 100 metros con 10s.4, a una décima de Metcalfe. Al día siguiente, Owens marcó 10s.7 en los 100 metros y 7,27 m. en salto en largo, en Praga. De allí volvieron a Alemania, donde Owens ganó los 100 metros con 10s.3, el 12 de agosto en Bochum, además de limitarse a 7,02 m. para el segundo puesto en salto en largo. Y tres días más tarde hizo una exhibición de esta prueba, en Londres, con 7,59 m. Nunca imaginó que sería su última participación atlética. ¿O sí?

Al parecer, los dirigentes querían que la gira se extendiera por Escocia y Suecia. Owens estaba agotado y se negó, por lo que fue suspendido. Por otro lado, difundieron le mismo rumor que habían utilizado para sancionar años antes a figuras como el fondista finés Paavo Nurmi: un supuesto “pago por debajo de la mesa” por una carrera de relevos en Londres, en la época que el profesionalismo estaba vedado para los atletas.

Poco se habló de eso al regreso del barco con la delegación, que tuvo un apoteótico recibimiento en el puerto de Nueva York. Luego, desfilaron a través de la Quinta Avenida, con centenares de miles de personas vitoreando a los atletas, Owens principalmente. Era el desfile al que nos tienen acostumbrados los equipos de béisbol y otros héroes clásicos de Estados Unidos.

Allí se terminaron los tiempos de bonanza para Owens, vuelto a la realidad de su tiempo: invitado a una fiesta en su honor en el Waldorf Astoria, tuvo que entrar... por la puerta de servicio. El presidente Franklin Roosevelt no lo recibió, ni siquiera le envió un mensaje de felicitación. La federación atlética (llamada en esa época Amateur Athletic Union) no lo designó atleta del año, debido a la suspensión, honor que le fue concedido al campeón del decathlon, Glen Morris. Y tampoco el Comité Olímpico estadounidense le concedió el codiciado premio Sullivan.

“Cuando volví a mi país, ni siquiera me invitaron a darle la mano al Presidente. Joe Luis y yo éramos las principales figuras del deporte, pero nadie nos convocaba para hacer publicidad. Los negros no vendíamos. Yo volví a mi país y tenía que viajar en el bus en la parte de atrás. Fue el estigma social bajo el cual vivimos muchos años”, le recordó a John Hendershot en el reportaje del 74 para *Track and Field News*.

Si en algún momento Owens imaginó que podría “rentabilizar” su gloria olímpica como el nadador Johnny Weismuller lo hizo una década antes, pronto comprobó que estaba equivocado. Visto a lo lejos, fue un tiempo penoso: se dedicó a exhibiciones en las que corría contra caballos —en la Florida y La Habana las primeras— y contra galgos, contra el propio Joe Louis o

contra una moto. También acompañaba a los Harlem Globetrotters en sus giras o trabajaba como disc-jókey en clubes de jazz, en Chicago. *“Sin dudas, que todo eso fue perturbador. Y hasta degradante Pero, al menos llevé una vida honesta. Ya tenía tres hijas. Y teníamos que comer”*, sintetizó más tarde. También fue estafado, parte de sus primeras ganancias se las quedó un socio desleal, que le había propuesto un negocio de lavandería.

La vida de Owens se encarriló una década más tarde, cuando estableció su propia firma de relaciones públicas, trabajó para las primeras empresas que colocaban las pistas atléticas de material sintético sintético y apoyó iniciativas solidarias. Junto a Metcalfe, por ejemplo, fundaron una asociación que rescataba a los chicos humildes y los incentivaba para el deporte.

Mientras crecían las luchas contra la discriminación, sobre todo en la convulsionada década del 60, la participación de Owens fue limitada. Inclusive, en la rebeledía de los velocistas Tommie Smith y John Carlos con el puño en alto y el guante negro, en podio de los 200 metros de México 68. El COI, ahora en manos de aquel viejo zorro llamado Avery Brundage, que tanto tuvo que ver con el Owens de la época de atleta, mantuvo a Owens lejos, silencioso, controlado. Más adelante, él se arrepintió: *“He cambiado”*, proclamó en un libro de 1974, adhiriendo a la lucha por las reivindicaciones sociales y raciales.

Los reconocimientos oficiales fueron llegando. Dwight Eisenhower fue el primero de los presidentes en atenderlo y lo designó para misiones por el mundo. En 1955 le nombró “Embajador de Buena Voluntad para el Deporte” y así, por ejemplo, fue destinado a los Juegos

de Melbourne. Gerald Ford le concedió la Medalla de la Libertad, en 1976, y Jimmy Carter, el premio “Leyendas vivientes”, en 1979. Los organizadores de los Juegos Olímpicos, en las distintas sedes, lo convocaban como lo que realmente era: una auténtica leyenda.

Ya en los últimos tiempos podía participar en meetings y convenciones de negocios, daba dos o tres conferencias semanales y su propia agencia de relaciones públicas le generaba unos 100 mil dólares de ganancias anuales. Una compensación a la mala racha post-olímpica. Su actividad física consistía en una caminata diaria de dos millas, algo de natación y pesas en los recintos de la YMCA, en Phoenix.

Miguel Vidal, periodista del diario *As*, de Madrid, fue el último en entrevistarlo. Ocurrió en la propia casa de Owens, en Phoenix, Arizona, el 12 de febrero de 1980. Owens recién volvía del hospital y Ruth, su esposa, recibió al periodista, a quien le habían prometido la entrevista mucho antes. *“Le quedan pocos días, los médicos ya dijeron que nada pueden hacer”*, le confesó Ruth entre lágrimas. Vidal relata que *“Owens tenía una máscara de oxígeno, veía un western de John Wayne por tv y me dijo: oh, boy, I’m very sick (estoy muy enfermo)”*.

El consumo de un paquete diario de cigarrillos durante tres décadas le había producido un cáncer de pulmón, irreversible a esa altura. Ya lo habían hospitalizado en diciembre, pero los tratamientos con quimioterapia, tanto en Tucson como Phoenix, no dieron resultado. En el reportaje con *As*, Owens repasa los momentos claves de su vida, desde aquella niñez: *“Trabajábamos de sol a sol en Alabama. La vida era dura, pero tranquila. Mi primer enojo y mi primera pena la tuve*

a los ocho años, cuando alguien me dijo Negro, despectivamente. Eso duele". También recordó cálidamente a Lutz Long: *"Cuando me ayudó en el salto en largo, me dio una lección maravillosa. Lloré todo el día, cuando supe de su muerte"*.

El texto de Vidal concluye así:

"Tengo que poner punto final a la entrevista. La cortesía con el enfermo así lo exige. Ruth, siempre atenta, nos hace una foto juntos y con un tacto exquisito me aparta de su marido para enseñarme la soberbia casa desde la que se divisa la Squaw Pike o montaña de la mujer india, una de las más bonitas de Arizona. Y con un tono apagado, rezumando una infinita tristeza por lo que se avecina, me habla de sus hijas y nietos, que viven en Chicago. Al despedirme, vuelve a llorar en mi hombro. Y yo con ella".

Owens murió poco después, el 31 de marzo en Tucson, Arizona. Sus restos descansan en el Cementerio Oaks Wood, en Chicago.

HEROES DEL CINE

A ocho décadas de los sucesos olímpicos de Berlín, la saga de Owens llegó al cine con “*Race*”, un film del británico Stephen Hopkins, donde los roles principales corresponden a artistas conocidos: Stephan James como Owens, Jason Sudeikis como su entrenador Larry Snyder y Jeremy Irons, como Avery Brundage.

Aunque varias gestas atléticas dieron motivos al cine (desde *Carrozas de Fuego* hasta la vida de Steve Prefontaine, “Hasta el último aliento” con Michael Douglas hasta la más reciente “Inquebrantable” que dirigió Angelina Jolie, entre otras), curiosamente Owens casi no figuró en la brújula de los productores. Uno de los escasos antecedentes era “*The Jesse Owens Story*”, una miniserie que Richard Irving realizó cuatro años después de la muerte del atleta y que tuvo relativa repercusión. También hay que citar el mencionado documental de Bud Greenspan (“*Jesse Owens vuelve a Berlín*”), media hora filmada con el propio J.O. en su retorno al Estadio Olímpico en 1964 y donde se reencuentra con Kai, el hijo de Lutz Long.

En realidad, Owens tenía un papel central en “*Olympia*”, la monumental y polémica obra que, por or-

den de Hitler y sus secuaces, Leni Riefenstahl filmó con motivo de los Juegos del 36. Era la versión mediática, el eje de la propaganda que los nazis desarrollaban en los post-Juegos. Dividida en dos partes (La Fiesta de los Pueblos y la Fiesta de la Belleza), se estrenó en privado para Hitler y recién su montaje y divulgación definitiva concluyó dos años después de Berlín 36, cuando ya los tambores de guerra eran imparables. Riefenstahl había filmado 400 mil metros de película, que debieron reducirse a la cuarta parte.

Sus valores artísticos o los avances técnicos, las innovaciones cinematográficas, que concretó Riefenstahl, resultan indiscutibles. Lástima, al servicio de una causa tenebrosa.

Nacida en 1902, Leni vio frustrados sus sueños de bailarina por una rotura de meniscos. Empezó como fotógrafa y su acercamiento al cine se dio por la impresión que le causó un documental de Arnold Fank sobre la escalada a los Alpes Dolomitas. Y también, por *Acorazado Potemkin*, la inmortal película de Serguéi Eisenstein. Riefenstahl colaboró en un principio con el propio Fank, pero a sus treinta años ya filmaba su primera película, *La Luz Azul*.

En esos tiempos, cuando se produjo la escalada nazi al poder y gran parte de la elite artística e intelectual alemana (con Fritz Lang entre ella) debió expatriarse, Leni fue reclutada por los nazis, presuntamente vía Rudolf Hess. Y les aportó sus documentales como “*La victoria de la Fe*” (1933) y “*El triunfo de la voluntad*” (1936), donde reflejaba las concentraciones masivas en Nuremberg. También, “*El día de la Libertad*”, un documental sobre la Wehrmacht en pleno rearme. Para “*El triunfo...*”, con una escenografía que le diseñó otro

de los genios malignos del régimen, Albert Speer, más de 350 mil habitantes de la ciudad se alinearon como extras “gratuitos y disciplinados”.

Por aquella época le encargaron llevar al cine los Juegos del 36. El presupuesto que le asignó el ministro de Propaganda, Goebbels, resultaba ilimitado: 500 mil “reichsmarks”, el triple de cualquier producción. ¿Tenía un margen de libertad para ejecutarlo? A lo largo de su controvertida vida –más adelante sería detenida, todos sus bienes confiscados, sometida a un proceso de “desnazificación”- Riefenstahl negó su afiliación al partido y cualquier vestigio de antisemitismo. Pero tampoco reconoció el Holocausto. Sí admitió que estaba fascinada por Hitler: *“Cuando lo conocí, en un mitin en 1932, fue como si se abriera la Tierra delante de mí”*, escribió en una de sus Memorias, editadas en tres versiones a principios de los 90.

Riefenstahl afirmó que *“siempre anduve a la búsqueda de lo insólito, lo maravilloso y los misterios de la vida”*. Sus recursos sobre *“Olympia”* eran innovadores en todo sentido: la utilización de la cámara lenta, el travelling los primeros planos, los magistrales juegos de centralización, los planos aéreos que se van cerrando. Todo empieza por un recorrido por la Acrópolis ateniense y las estatuas de los antiguos atletas griegos. Esa misma obsesión por la “perfección” del cuerpo humano, se trasladaría a sus imágenes de los deportistas olímpicos y –mucho tiempo después- a sus filmaciones sobre la tribu de los Nubas, en Sudán.

“Olympia” también describe la opulencia de los Juegos de Berlín y se concentra especialmente en el despliegue atlético, los gestos y la personalidad de Owens, retratándolo como nadie lo hizo. Leni contó

con 35 cámaras y numerosos teleobjetivos, que le permitieron captar hasta el mínimo detalle de las pruebas olímpicas y a sus héroes. Dispuso de 60 personas trabajando a sus órdenes, contaba con un objetivo de 600 milímetros (el de más largo alcance) y hasta cámara subacuática para las competencias de saltos ornamentales.

Leni Riefenstahl quedó como “la” cineasta de Hitler, el nazismo, los Juegos. Muchas décadas después, ya en libertad, viajó por el Africa, siempre con sus obsesiones y su afán de perfeccionismo. Vivió entre los Nubas para comprenderlos y filmarlos. Llegó también hasta los arrecifes de coral en Oceanía y filmó su última película a los 97 años, *“Impresiones bajo el agua”*. Murió en 2003, a los 101 de edad.

“Race”, de Hopkins, no es un documental, sino una biografía que se concentra en los temas fundamentales de Owens: su llegada al deporte en un medio hostil, el Día de los Días, las negociaciones entre los dirigentes olímpicos USA y los nazis. Y las cuatro medallas de Berlín. *“Me quedo con el hecho de como entró en esa arena adversa y supo mantener la cabeza en alto para ganar. Era un héroe”*, resumió el director sobre su personaje.

La película se atiene a los detalles reales, prácticamente no hay “licencias artísticas” y es cierto que contó con la aprobación de los descendientes de Owens, que supervisaron el guión. Para Jason Sudeikis *“esta película nos deja ver hasta qué punto hemos llegado 80 años después. Es un buen recordatorio, pero también nos pone en perspectiva sobre cuanto debemos mejorar todavía. Espero que no tardemos ochenta años más”*. Sudeikis alude a las tensiones ra-

ciales, aún vigentes. Para Pablo Scarpellini (El Mundo, Madrid) *“sin ser una película grandiosa, el ejercicio de Hopkins cumple con la loable misión de contar una historia de la forma más recta posible e ilustrar a las nuevas generaciones”*.

El lanzamiento de *“Race”* fue precedido por otro documental, en este caso de la NBC: *“Jesse Owens y el Berlín olímpico de 1936”*. Narrado por Morgan Freeman y con testimonios de las hijas de Owens —además de algunos deportistas que estuvieron en los Juegos como el nadador Adolph Kiefer y el canoísta John Lysak— varias de sus imágenes también provienen de la obra de Leni Riefenstahl.

También en el campo documental, otra reciente presentación fue *“Orgullo olímpico, Prejuicio americano”*, producida por Deborah Riley Draper. Allí, a diferencia de otras obras, se concentra en los 18 deportistas de raza negra que integraron la delegación estadounidense para Berlín 36, con Jesse Owens “como uno más”. Se analiza cómo se les trataba en su país y cómo se los recibió en Berlín. Es una documentación de época pero, también, un precedente: *“Sin la presencia de estos atletas en los Juegos, tan controvertidos, tal vez no hubieran surgido otros tan destacados en un período inmediato”*, resumen.

EL DEVENIR ARGENTINO

Pocos días después de los Juegos de Berlín, los atletas argentinos tuvieron otra oportunidad de competir en pruebas internacionales. Viajaron a Varsovia, donde se lució Hofmeister al ganar los 100 y 200 metros con 10s.9 y 22s.4 respectivamente. También la posta 4x100 venció en la capital polaca y Juan Carlos Anderson quedó tercero en los 800 metros. Lavenás se llevó los 110 metros con vallas con 15s.0, a sólo dos décimas de su récord. Y terminaron con la “posta medley”, una carrera poco habitual (400, 300, 200, 100 metros) donde Anderson, Lavenás, Hofmeister y Beswick agregaron un triunfo.

Los dirigentes, en tanto, pasaban por el palco de honor del Estadio Olímpico de Berlín. Hitler había creado la Condecoración Olímpica-Alemana de Honor y a cada jefe de delegación le correspondía una de primera clase: Alberto León la recibió de manos del propio Führer, mientras que el “attaché” de la delegación, Pedro Alberto Petrolini, recibió una condecoración de segunda clase. No se olvidaron de los dirigentes olímpicos argentinos que se habían quedado en Buenos Aires: les enviaron distinciones a Aldao, Alemandri y Horacio Bustos Morón.

El informe difundido por el COA destaca la participación argentina en aquellos Juegos y la conducta de sus representantes. Pero, curiosamente, una “comisión investigadora” –de las tantas en nuestra historia, inclusive deportiva– dio otro reporte sobre “comportamiento” en septiembre de 1937. Allí resaltan con “Dedicación Ejemplar” a Jeanette Campbell, Zabala, los polistas, Fondevila, entre otros. “Amonestan” a los boxeadores Casanovas y Risiglione “por la nota presentada al jefe de la delegación el 31 de julio de 1936”. Declaran la “inhabilitación” por un período de cinco años a varios dirigentes, incluyendo al condecorado Petrolini. Y “llaman la atención” a varios deportistas –el boxeador Lovell, los atletas Anderson, Lavenás, Hofmeister, Sandes, Beswick– con este párrafo: *“Se les hace saber que en lo sucesivo y en futuras representaciones, deben abstenerse de formular declaraciones que importen juzgar la equidad de las decisiones de sus superiores jerárquicos”*.

No quedan rastros de esas “declaraciones”, y tampoco hay mención sobre controversias mediáticas entre dirigentes y atletas en aquella época. Yvonne, la hija de Beswick, apunta: *“Jamás mi papá se refirió a eso. Tal vez, la única discusión que mencionó fue que no quisieron desfilar con el ‘paso de bota militar’, típico de los alemanes, sino hacerlo cómo siempre se hizo aquí, normalmente. Nada más”*.

Fondevila, el atleta más joven del equipo, se recuperó de su lesión y permaneció por varios años en buen nivel, aunque sin repetir sus principales marcas. En 1938 reconquistó los títulos nacionales de 200 metros y posta 4x100, y un año después –siempre en la pista de GEBA– conquistó otro doblete del sprint con

11 segundos en los 100 metros y 22s.0 en los 200. En la misma temporada integró el equipo nacional en el Campeonato Sudamericano de Lima, donde el brasileño José Bento de Assis arrasó en la velocidad con cuatro medallas doradas. Fondevila no pudo insertarse en la final del hectómetro, pero sí en la de 200 metros (terminó cuarto con 22 segundos) y al fin consiguió una medalla: el bronce con el relevo corto.

Hofmeister, Lavenás y Beswick siguieron por un tiempo más y Sande lo hizo espaciadamente. En el Sudamericano de 1937, en el Estadio Tieté de San Pablo, nuestros olímpicos fueron protagonistas: Lavenás se proclamó campeón de los 110 metros con vallas en 15s.2 e integró la posta 4x100 que también logró el título en 42s.5, junto a Beswick, Guillermo Martínez Bo y Roberto Cavanna. Hofmeister sobresalió en esa delegación, al conquistar los 200 llanos en 21s6. Beswick, además del título en la posta, terminó cuarto en los 200 metros. A finales de la misma temporada, Hofmeister brilló en los Campeonatos Nacionales, ganando los 200 metros con 22s3 y ambas postas (en la corta lo acompañaba Beswick).

“Entre los atletas que fueron a Berlin se formó un hermoso grupo de amigos. Durante mucho tiempo siguieron compartiendo asados, al menos una vez al año. A veces venían Jeanette Campbell y otros deportistas”, cuentan los hijos de Lavenás.

Pero éste, al alejarse del atletismo, continuó con el rugby. Se casó con Beatriz Laviaguerra, jugadora del hockey y nadadora del Náutico San Isidro. Una vez concluida su etapa de rugbier en la primera del SIC, Lavenás se mantuvo en las categorías de veteranos. Además, presidió el club durante dos períodos en la década-

da del 50 e integró la comisión directiva de la Unión Argentina de Rugby hasta bien entrados los años 70. Arquitecto, Lavenás cumplió tareas gerenciales en la Esso, que lo llevó a continuos traslados: su primer hijo nació en Plaza Huincul, el segundo (Juan) en Kentucky, EE.UU. y la tercera, en Buenos Aires. Volvió definitivamente a Buenos Aires en los 50. Y en 1970 presidió el Instituto Argentino del Petróleo. Murió en 1979.

Hofmeister se dedicó a actividades comerciales, pero se mantuvo vinculado al atletismo, como dirigente. Y también, como juez: fue uno de los mejores “starters” en nuestras pistas. *“Junto con Roberto Cavanna, eran los largadores perfectos. Y sobre todo, era un tipo muy divertido”* cuenta Pedro Cáccamo, también ex velocista, largador, dirigente y organizador. Hofmeister, quien cumplió toda su trayectoria de atleta y dirigente en River, desde el viejo estadio de Alvear y Tagle en los años 30 hasta el Monumental de Núñez, murió en junio de 1974 por un ataque al corazón. Su hija, Silvia, fue una destacada nadadora, campeona sudamericana de los 100 metros mariposa a fines de los 50.

“Si la trayectoria de Hofmeister dentro de las pistas fue brillante, fuera de la competencia su manera personalísima de ser y de actuar habrá de permanecer en la memoria de todos quienes lo trataron íntimamente” se escribió en *A sus Marcas*, la revista especializada dirigida por Gerardo Bönnhoff. *“Carlitos era el clásico muchacho porteño que supo mantenerse siempre joven. Fue una juventud transitada en detalles aparentemente intrascendentes: su cuidada presencia personal, su impecable peinado, su atuendo, su alergia al uso del sobretodo. Tenía una jovialidad que contagiaba a todos los que lo rodeaban Su sonrisa perenne siem-*

pre terminaba en una carcajada". Y lo despiden: *"Hace algunas semanas lo traicionó el corazón, el mismo noble motor que lo impulsara toda su vida"*.

Yvonne Beswick, la hija de Clifford, cuenta que también su padre *"siguió algún tiempo vinculado al atletismo como dirigente. Creo que una vez le fue a pedir ayuda al propio Perú"*. Aunque principalmente se dedicó al remo, que había practicado de joven. También fue directivo de la Asociación de Remo y encabezó varias veces las delegaciones nacionales. Clifford se casó en el 40, había conocido a su esposa en el club L'Aviron, en Tigre, y luego nacieron sus tres hijos: Yvonne, la mayor, vive en Burzaco, su hermano en Francia y el menor en Tigre. *"Trabajó en Peabody, una empresa norteamericana que hacía heladeras y artefactos Pero cerraron en 1953 y hubo que achicarse. Por ejemplo, pasamos de la escuela privada a la pública. Después, mi padre trabajó en diversos ramos: zapatos, autos, turismo. Allí se jubiló. Murió en 1980, después de una enfermedad."*

Sande aún llegó a participar en los Campeonatos Nacionales de 1938, sin alcanzar la final individual de los 100 metros, pero llevándose una medalla (plata) en los relevos. Curiosamente –y esto lo contó su hijo, también llamado Antonio, hace poco por Facebook– Sande corrió una exhibición contra un caballo. Lo mismo que había ocurrido con Jesse Owens, allá lejos. Tal vez no resultara algo tan extravagante en la época. *"Fue en Chascomús. Mi padre dijo que cuando llegaba a la meta, sentía en la nunca al caballo que se acercaba. Fue una anécdota de su juventud que recuerdo siempre"*, escribió Sande Jr.

Ana Inés Fondevila de Chague, arquitecta y socióloga, es la única hija de Antonio Fondevila, a quien

recuerda con devoción. *“Durante mucho tiempo me costó hablar sobre la participación olímpica de mi padre, tenía temor de herir algún sentimiento por lo que significaba haber ido a Alemania en esa época. Aunque los deportistas no tuvieran nada que ver”*.

Antonio Fondevila tenía cuatro hermanos –dos hombres, dos mujeres- y su padre, abogado, se oponía al viaje a Berlín: *“Mi abuelo quería que mi padre concluyera sus estudios, ya estaba en tercer año de Ingeniería, en La Plata. Finalmente, no los terminó, se dedicó a trabajar como dibujante y sobrestante”*. Fondevila dejó la capital provincial para radicarse en Tigre donde, también se dedicó al remo y la vela. Allí conoció a su novia y esposa, una diseñadora de modas. *“Lo disfruté poco a mi padre y eso me duele. Pero él me inculcó el gusto por la lectura, el estudio, el ajedrez, los deportes”* sostiene su hija. También, la vida de Fondevila fue difícil: *“Pasó de todo. Políticamente, adhirió con fervor al peronismo y eso le generó distanciamientos familiares, en una época de muchas divisiones. También, le costó una hipoteca, la pérdida de obras para las que había concursado y ganado. Más adelante, mis padres se separaron. El volvió a La Plata, tenía un corazón débil, sufrió depresión. Murió joven, en noviembre del 64”*. Berlín 36 era un recuerdo lejano, del que hablaba poco pero del cual le quedó, entre otras cosas, un autógrafo del propio Jesse Owens.

Esta magnífica generación de velocistas argentinos fue seguida por otra de gran calidad, en la década siguiente, en la que Adelio Márquez y Gerardo Bönnhoff fueron sus principales exponentes. En la más memorable carrera de 100 metros del historial de nuestro país, el 1° de diciembre de 1945 por la final del Cam-

peonato Nacional, Bönhoff –paradójicamente, nacido en Berlín y llegado aquí a los doce años- marcó los 10s.3, que permanecieron imbatibles como récord argentino con cronometraje manual por más de medio siglo. También alcanzó una final olímpica en Helsinki, en 1952, pero sobre 200 metros llanos, cuando quedó sexto. Ningún otro argentino llegó tan alto en pruebas de velocidad desde ese día. Otros dotados surgieron posteriormente: Luis Vienna, Juan Stocker, Andrés Calonge (el hombre que reunió un triplete nacional de récords en velocidad desde los 100 hasta los 400 metros). Y Carlos Gats fue el último de los grandes, en la década del 90, alcanzando una semifinal mundialista (200 metros en Atenas, 1997) y dejando los récords ya electrónicos en 10s.23 para los 100 metros –igualado por Gabriel Simón– y 20s.37 en 200, ambos durante el Campeonato Iberoamericano de Lisboa, en 1998.

Gats fue, también, el último velocista argentino en lograr un título internacional, cuando se proclamó campeón de los 100 metros llanos en el Ibero de Mar del Plata, en 1994. Pero ni aún así pudimos evitar que el mundo atlético, y Sudamérica, se nos alejara. Los últimos títulos para la Argentina en pruebas de velocidad pura en el marco de los Campeonatos Sudamericanos fueron obtenidos por Bönhoff: en 1947 sobre 100 metros, en 1952 sobre 200 llanos y en relevos. Podemos agregar a Calonge, quien ganó los 400 metros en 1969. Desde entonces, no ganó ningún velocista argentino, ni en competiciones individuales, ni en los relevos. En la temporada del 2015, los mejores velocistas argentinos aparecían en puestos secundarios del panorama sudamericano: los 10s.55 de Matías Robledo en 100 metros lo ubicaron 51° en el ranking de esta región, los

21s.64 de Lucas Semino en 200, 77° dentro de la misma escala.

Las razones son múltiples, y ahora nos exceden. Aunque el atletismo argentino cuente con mayor cantidad de pistas sintéticas, con más cultores y –seguramente- mayor apoyo. Pero esta situación nos demuestra, a la vez, la calidad y el espíritu de aquellos que desafiaron a los mejores del mundo hace casi un siglo, en condiciones tan duras: pistas modestas, técnicas apenas desarrolladas, escasa competencia internacional, viajes interminables.

GOOD BYE, BERLIN

Berlín, agosto del 2009. Tenemos la oportunidad de volver, se trata del Campeonato Mundial de Atletismo, una competición que no existía en la época de Owens, ya que se instauró en 1983 y se hizo bianual una década después.

En los días previos recorreremos los alrededores del Estadio, plenos de verde y silencio, la zona que conformó el parque olímpico durante los Juegos del 36. Una de las calles lleva el nombre de su héroe, la Jesse Owens Allée. También, en las proximidades del Estadio, una de las salas fue reconvertida en un pequeño museo dedicado a Owens, desplegando fotografías y textos alusivos a sus hazañas.

Desde la estación de tren, allí nomás, en cada tarde del Mundial desemboca una multitud atraída por los nuevos dioses de las pistas. Principalmente por Usain Bolt, un jamaiquino que irrumpió con toda la fuerza un año antes, durante los Juegos Olímpicos de Beijing y que ahora –justamente cuando cumple 23 años– alcanza la plenitud: lleva los récords mundiales a niveles que desbordan la imaginación: 9 segundos y 58 centésimas para los 100 metros, 19 segundos y 19

centésimas para los 200. Entre Bolt y el resto, un abismo. La misma contundencia de Bolt, aunque sin repetir semejantes marcas, sucedió en las temporadas siguientes: repitió el triplete dorado (100, 200 relevos) en los Juegos Olímpicos de Londres 2012 y acaba de hacerlo, una vez más, en Rio de Janeiro. Si nadie lo había repetido una vez en la historia olímpica, mucho menos dos veces. Y a esto le suma su colección de títulos mundiales: Berlin 2009, Daegu 2011, Moscú 2013, Beijing 2015.

Bolt ya está instalado en ese Olimpo atlético al cual, entre los hombres de la velocidad, habían accedido Owens y, mucho tiempo después, Carl Lewis. Una línea de tiempo que simboliza la transformación del deporte y la sociedad. Sobre todo por el entorno técnico y profesional sobre un atleta de elite. Bolt se retira ahora, a sus 30 años, después de disfrutar de millonarios (y merecidos) contratos de publicidad, o percibiendo un cachet que no baja de los 300 mil dólares por carrera. Bolt, como Owens en su época, colocó a los niveles técnicos del atletismo en una dimensión impensada, en un desafío máximo para varias generaciones de sucesores.

Su biotipo es completamente distinto. Si Owens era el exponente de una velocidad nata y pura, el jamaquino le agrega un potencial físico que, hasta su aparición, resultaba extraña en el ambiente de los especialistas en estas pruebas. Pero que se probó decisiva, al igual que la frecuencia de su zancada. Su poderosa zancada. Y en ambos casos, con una mentalidad de campeones y dominio de la tensión en el momento supremo, que los convirtió en atletas únicos. De cualquier modo, la comparación entre ellos no sería

válida. El mundo y la época, las condiciones técnicas y los materiales de las pistas, los sistemas de preparación y las técnicas de carrera, el apoyo y el profesionalismo, no tienen nada que ver entre los años 30 de Jesse Owens y el siglo XXI de Usain Bolt.

Pero el Mundial de Berlín 2009 que disfrutamos, parece —y es— un momento justo para recuperar la memoria de Jesse Owens y su grandeza.

Sus hijas Gloria Owens Hempkin (nacida en 1932), Marlene Owens Rankin (1939) y Beverley Owens Prather (1940) se dedican, desde hace mucho tiempo, a mantener la llama encendida por su padre. Y que continuara, hasta su muerte en 2001, Ruth Solomon-Owen, la novia de adolescente y la esposa de siempre de Jesse. Y esa familia se dedicó a difundir aquellos ideales. Oakville, el pueblo natal del gran atleta, inauguró un parque público con su nombre, y un museo. La antorcha que llegó hasta Atlanta, para iluminar los Juegos Olímpico del 96, pasó antes por Oakville y también por Cleveland, las ciudades que marcaron su vida. Y en la ceremonia inaugural, uno de los portadores de la antorcha fue Stuart Owens-Rankin, uno de sus nietos.

Pero Berlín es “la” oportunidad. Allí los descendientes de Owens difunden su legado en el Festival Cultural, simultáneo al Campeonato, junto a la Puerta de Brandenburgo. Y preparan la mayor sorpresa para la entrega de los premios del salto en largo, el penúltimo día de competiciones. Dwight Phillips es la figura de la especialidad y recupera el título mundial, que ya había ostentado en 2003 y 2005. Como el resto del equipo estadounidense, su indumentaria luce las iniciales JO. Dwight Phillips, seguido por el sudafricano Godfrey Mokoena y el australiano Michael Watt, suben

al podio: el beso, la medalla y las ramas de olivo son entregadas por Marlene Owens-Dortch, la nieta de Owens, y Julie Vanessa, la nieta de Lutz Long, el legendario rival del salto en largo en los Juegos.

Los descendientes de Owens y Long vivieron una semana de emociones y transmitieron aquellos sentimientos a una nueva generación de figuras y fans del atletismo.

Ya hemos descrito que algunos de los episodios, instalados desde aquella época, abarcaron distintas versiones, varias veces opuestas: el saludo (o no) con Hitler, el disgusto (o no) del genocida, el diálogo (o no) con Lutz Long. El mismo Owens atravesó períodos difíciles. Una infancia dura y, sobre el final, una salud quebrantada. El reconocimiento en su tiempo no fue equivalente a sus conquistas y, después, le quedó poco tiempo para disfrutarlo. Tuvo conciencia de su valía y su grandeza, y fue feliz por esto, aun cuando algunos de sus propios relatos o recuerdos se contradecían. Sin embargo, a la hora del recuerdo, se trata de detalles, y no hacen a la cuestión esencial: James Cleveland Owens, aquel nieto de esclavos, surgido de los campos de algodón en el sur profundo, en Alabama, fue sencillamente un atleta admirable. Inmenso.



Antonio Fondevila, el campeón nacional de velocidad y recordman mundial junior en 1935. Se lesionó en los Juegos y no pudo integrar la posta.



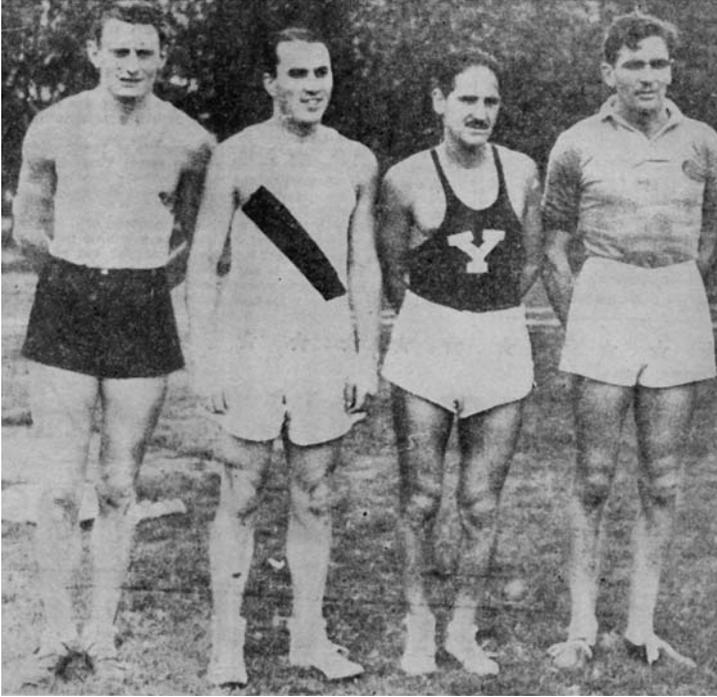
Los atletas argentinos en la Villa Olímpica, en Berlin.



Clifford Beswick, nacido en Londres pero residente desde niño en nuestro país, alcanzó su mejor forma para los Juegos.



La hazaña de Owens con sus cuatro títulos olímpicos recién pudo ser igualada por Carl Lewis en 1984.



Beswick, Hofmeister, Sande y Lavenás, protagonistas del 4° puesto olímpico en la posta 4x100.



El pase de Lavenás a Sande en el Estadio Olímpico de Berlín, en la final.

Fuentes bibliográficas

Archivos de los diarios La Nación y La Razón, revista El Gráfico
Revistas: Atletica (Italia), Atletismo Español, A sus marcas
(Argentina), Track and Field News (EE.UU.)

Publicaciones específicas: “Historia del atletismo bonaerense”
(Rubén Aguilera), “Evolución de los récords mundiales” (IAAF),
libros de la Asociación Española de Estadísticos de Atletismo,
Memoria Berlin 1936 (Comité Olímpico Argentino), “Historia de
los Trials Olímpicos de EE.UU.” (Richard Hymans), César Torres
(dossier de la candidatura de Buenos Aires)

Agradecimientos especiales

A Marlene Owens Rankin (J.O. Foundation)

A las familias Beswick, Lavenás, Fondevila.

Fabián Bosoer, por sus aportes y revisión del contexto histórico.
Confederación Argentina de Atletismo y Comité Olímpico
Argentino.

Al programa K-W-Fellowship de la Universidad de Michigan,
su director Charles Eisendrath y su secretaria Birgit Rieck (2005)
Gerardo Bönnhoff (en memoria).

ÍNDICE

Prólogo	5
Allí comenzó todo	9
Campos de algodón	17
Nuestros años felices	25
El camino de los juegos	31
Tiempos turbulentos	39
De frente al peligro	45
Destino: Berlín	51
Los rapiditos	57
Las sombras del boicot	65
La semana más excitante del atletismo	71
Controversias	85
La exclusión de los velocistas judíos.	89
No fue el único	93
Celebración, olvido, regreso	97
Héroes del cine	103
El devenir argentino	109
Good bye, Berlín	117
Apéndice fotográfico	121
Fuentes bibliográficas	125
Agradecimientos especiales	125

Los Juegos Olímpicos de Berlín celebrados en 1936 bajo el régimen nazi de Adolf Hitler han sido uno de los acontecimientos deportivos de leyenda mundial. El reinado establecido por el atleta negro estadounidense Jesse Owens le dio a esos Juegos un carácter universal, quizá único en el universo olímpico, porque a diferencia de otros, tuvo el exacto punto de encuentro entre lo político y lo deportivo. Perverso de un lado, magnífico del otro. Alrededor de lo que sucedió hace 80 años en la Alemania nazi se ha escrito, filmado y contado tantas veces como lo merece este episodio en la historia, pero ahora llegó este libro, imprescindible, porque está escrito por un periodista de sangre, conocedor como pocos del atletismo e investigador de ese deporte como ningún otro que he conocido. Trabajé muchos años al lado de Luis Vinker y sé cómo sus horas libres, desde chico, fueron y siguen siéndolo dedicadas a juntar recortes, recolectar libros y seguir pistas del atletismo por todos los rincones del mundo.

Así fue cuando unos meses antes de dar a luz este maravilloso libro, Luis me llamó siguiendo una pista que sólo él podía seguir. Tenía para esta investigación sobre los Juegos de Berlín, que una posta argentina había quedado muy cerca de compartir el podio con Owens. Entre los cuatro argentinos estaba Juan Lavenás. Luis había averiguado que era un hombre del rugby, deporte que cubro como periodista, y me pidió más datos. Los consiguió antes de que yo pudiera dárselos. Efectivamente, Lavenás había jugado al rugby en el SIC y tuvo sus orígenes en Belgrano Athletic, el club de Jeanette Campbell, medalla de plata en natación en esos mismos Juegos.

El libro de Luis Vinker es un testimonio histórico, porque hay decenas de mitos alrededor de Hitler y Owens que aquí son aclarados. Y, también, está el valor técnico, que Luis, como periodista especializado, describe de maravillas. Aquí se va hasta un año antes, cuando Owens protagonizó el “día de los días”, mejorando cinco récords mundiales e igualando otro en el lapso de una hora, durante una competencia universitaria en Ann Arbor.

Hay que meterse en estas páginas que siguen para entender la historia no sólo del atletismo, sino de los vínculos de la política y el deporte y, especialmente, instalarse en ocho décadas atrás. Será como estar dentro de una película. Una película con hechos reales y contados como nunca se contaron. Bienvenido este libro.

JORGE BÚSICO

ISBN 978-987-1367-67-2



Luis Vinker

Sus comienzos profesionales fueron en El Gráfico y la sección Deportes de Clarín. Durante su trayectoria en dicha sección de Clarín cubrió los más importantes acontecimientos deportivos, incluyendo cuatro ediciones de los Juegos Olímpicos, Juegos Panamericanos, Campeonatos Mundiales de los principales deportes y todos los Grand Slam y eventos relevantes del tenis mundial. Colaboró para revistas especializadas en atletismo de todo el mundo y es miembro del Comité Ejecutivo de la Asociación Mundial de Estadísticos de Atletismo (ATFS). Desde el 2001 es el Director Periódico del Diario La Razón.